6

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON CAYETANO ROSELL.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, núm. 8.

1857.

Señores :

Segunda vez soy objeto de vuestra benevolencia; llego segunda vez á este recinto, donde un dia de los mas venturosos de mi vida, dejé para siempre empeñada mi gratitud. Cuatro años há que esta ilustre y docta corporacion puso un lauro sobre mis sienes; galardon de mi fortuna, no de mi merecimiento. Halagado por la suerte, confieso que concebí entonces mil plácidas ilusiones. Hoy, sin embargo, se realiza la única que no me atreví á abrigar.

Falto de nuevos méritos, sin género alguno de solicitud por parte mia, que con razon se hubiera calificado de temeraria, soy llamado á ocupar un asiento en esta Academia insigne, depositaria del saber con que una y otra generacion han enriquecido los preciosos archivos de nuestra historia. Para satisfaccion de mi amor propio, esta preferencia me bastaria : asociar mi nombre á los que tan ilustres han sabido hacerse en la república de las letras, y ostentar en mi pecho una distincion de tantos apetecida, honra es que, por lo inesperada, pudiera desvanecerme. Mas recordando que este tí-

tulo no es solo de lucimiento, que el esplendor de esta corporacion lleva consigo árduos empeños y deberes, y que mis fuerzas son inferiores al peso que echo sobre mis hombros, cuanto por una parte se aumenta mi satisfaccion, crecen por otra mi recelo y desconfianza. — Siguiendo la práctica establecida, voy á dar el primer paso en una palestra recorrida por otros con tanta gloria. Vengo, Señores, no á mostrar primicias anticipadas de un pobre ingenio, ni siquiera á hacer alarde de mi entusiasmo: vengo solo á depositar en vuestras manos la ofrenda de mi agradecimiento.

El punto de que voy á tratar (1) es harto conocido para que me proponga ilustrarlo con nuevas investigaciones. Bajo el aspecto histórico, como hecho realmente célebre y en que intervinieron personajes de altísima nombradía, nada hay que añadir á las relaciones que se conservan en todos nuestros anales; mas como acontecimiento aislado, íntimamente unido á otros muchos que constituyen una de las épocas mas grandiosas de nuestra patria, conviene examinarlo en particular, estableciendo sus verdaderas causas, sus fines y resultados, y apreciando el valor é importancia de una empresa, mas celebrada por lo que fué, que por lo que, á no mediar obstáculos inevitables, hubiera realmente sido.

Hablo de la expedicion á Oran y del pensamiento de conquista de África (2), concebido por el sábio, animoso, ínte-

(1) Elegido hará próximamente un año para asunto de este discurso. Hago esta advertencia, á fin de que no se crea que me ha sugerido este pensamiento la ceremonia poco há verificada en Alcalá de Henares.

(2) Seria empeño casi interminable el de citar los nombres de todos los escritores que han tratado de Cisneros y de su empresa de África. A principios del siglo pasado, segun parece, se publicó un folleto de seis pliegos en 4.°, sin lugar ni año de impresion, con este título: *Autores que en obras impresas, en parte, que en todo* (sic), *han celebrado la vida, virtudes y milagros, ó alguna de sus hazañas, del venerable padre y santo cardenal D. Fr. Francisco*

gro, venerable y gran cardenal de España Jimenez de Cisneros; suceso que aun en aquel siglo de prodigios, con razon puede estimarse por singular y maravilloso. ¡Felices generaciones las que, á impulsos de magnánimos sentimientos, cifraron en Santa Fe el blason mas glorioso de su heroismo, y llevaron el lábaro de la cruz á las playas de un mundo vírgen! Tres siglos de abyeccion y decrepitud no han bastado á oscurecer la memoria de aquellos hechos. Viva se ha perpetua-

Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo. Añade tambien nota de los manuscritos, y resulta ser 339 los primeros y 96 los segundos.

Pueden consultarse como mas importantes los siguientes:

ALDERETE (Bernardo de), *Varias antigüedades de España, Africa, etc.* — Ambéres, 1614, 4.°

ANGLERIA (Pedro Mártir de), *Opus epistolarum.*

BERNALDEZ (Andrés), *Historia de los Reyes Católicos*, impresa en Granada desde 1851 á 1856.

CARVAJAL (Lorenzo Galindez), *Annales de los Reyes Católicos*, impresos en la *Coleccion de documentos inéditos*, de los Sres. Salvá y Baranda, tomo XVIII.

CHENIER, *Recherches histor. sur les maures, et Hist. de l'empire de Maroc.* — Paris, 1787.

FLECHIER, *Hist. du cardinal Ximenès*, traducida por el Dr. D. Miguel Franco de Villalba. — Zaragoza, 1696, 4.°

FRIAS (Andrés ó Juan). Se cita su obra *De bello oranico*, de que parece se aprovecharon GOMEZ DE CASTRO y QUINTANILLA.

GIL (Gonzalo), *Commentarium de bello africano*, publicado por QUINTANILLA en Roma, 1658.

GOMEZ DE CASTRO (Alvaro), *De rebus gestis Francisci Ximenii.* — Alcalá, 1569, fólio.

GONZALEZ ARNAO (D. Vicente), *Elogios del cardenal.....* tomo IV de las *Memorias de la Academia de la Historia*, 1805.

HAEDO (Diego de), *Topografía é Historia general de Argel.* — Valladolid, 1612, fólio.

HEFELÉ, *Le cardinal Ximenès.....*, traduit de l'allemand par Sainte Foi et de Bermond. — Paris, 1856, 8.°

HEROS (D. Martin de los), *Hist. de Pedro Navarro.* — *Coleccion de documentos inéditos*, tomo XXV.

LEO (Joannes), *Descriptio Africæ.* — Ambéres, 1556, 8.°

do en el amor de nuestros mayores; acrecentada por la admiracion, ha llegado hasta nosotros con la herencia de nuestros padres.

Considerados hoy como son en sí, claramente se descubre que todos aquellos triunfos y portentos eran hijos, no solo de una idea, sino de un afecto; no solo de un cálculo político, sino de un sentimiento profundo, antiguo, tradicional, que como pasion verdadera imperaba en todos los corazones.

MANUEL, rey de Portugal, *De victoriis in Africa reportatis.* — Tomo II de la *Hispania illustrata.*

MARINEO (Lucio), *De las cosas memorables de España.* — Alcalá, 1530, 33 y 39.

MÁRMOL (Luis), Primera parte de la *Descripcion general de Africa.* — Granada, 1573, fólio.

MARSOLLIER, *Hist. du ministère du cardinal Ximenès.* — Toulouse, 1694.

MORALES (Baltasar de), *Diálogos de las guerras de Oran.* — Córdoba, 1593, 8.°

OVIEDO (Gonzalo Fernandez de), *Quincuagenas.* — *Diálogo de Ximenez.*

PRESCOTT (William), *History of the reign of Ferdinand and Isabella.* — Tenth edition, Cambridge, 1842.

QUINTANILLA Y MENDOZA (Pedro), *Archetypo.....* — Palermo, 1653, fólio. —

ROBLES (Eugenio de), *Compendio de la vida y hazañas del cardenal Don Fr. Francisco Ximenez de Cisneros.* — Toledo, 1604, 4.°

SALAZAR (Fr. Pedro), religioso franciscano, *Vida del cardenal, etc.*

ANÓNIMO, *Cosas que pasaron en Africa en* 1508.

Cítanse manuscritos:

AYORA (Gonzalo de), *Relacion de la conquista de Oran.* — *Hist. de la Reina Católica D.ª Isabel.*

MONTOYA (Fr. Lúcas de), *Vida del V. P. Fr. Francisco de Cisneros.*

SALAZAR DE MENDOZA (Pedro), *Hist. de los arzobispos de Toledo.*

Suma de la vida del cardenal Ximenez, sacada de los memoriales de Juan de Vallejo..... por un criado de la condesa de Coruña.

VALENZUELA (Lope Sanchez de), *Hist. de la conquista de Oran y Mazalquivir.*

Agréguense á este largo catálogo la multitud de historias generales, ya antiguas, ya modernas, y las particulares de los personajes ó sucesos relativos á la época.

Este sentimiento era la fe religiosa, extraña á la inteligencia, nacida de las aspiraciones del alma, benéfica y grande de suyo, por mas que interpretada viciosamente, diese despues orígen á errores y abusos vituperables; y de este fecundo principio, Castilla era á la sazon exclusivamente deudora á su soberana. La sociedad, cuerpo animado, que entonces gozaba todo el vigor de su robustez, obedecia á Fernando como á su cabeza, y á Isabel como al corazon, que armonizaba y regia todos sus movimientos. El uno era su inteligencia, el otro su voluntad; el uno representaba la política, el otro las propensiones y creencias del pueblo con quien se habia identificado. Así, los planes que Fernando discurria, los realizaba Isabel como por encanto. Fernando guiaba sus huestes á los combates; Isabel les inspiraba fortaleza y ardor para que venciesen. Con él se hubiera quizá prolongado la guerra contra los moros; sin ella hubiera resistido Granada mas tiempo á la porfía de los cristianos (1). El Rey formaba políticos; la Reina improvisaba héroes; y mientras él tendia su vista á Italia para avasallarla lentamente á fuerza de batallas y negociaciones, ella equipaba unas míseras carabelas, y de una vez conquistaba un mundo.

En la época á que me refiero, la incomparable señora habia ya recibido en el cielo el premio de sus virtudes (2). Muerta la luz que alumbraba á España, de nuevo aparecian en su horizonte sombras y anuncios de tempestades. Por un lado las zozobras de Italia, amenazada siempre de extraños dominadores; por otro la sucesion de nuestra corona, puesta en manos de una princesa desacordada y un jóven voluble y desva-

(1) Sabido es que D.ª Isabel se opuso á la evacuacion de Alhama, á que entrasen sus tropas en cuarteles de invierno despues de la toma de Alora, y á que se desistiese de la empresa de Baza.

(2) Noviembre de 1504.

necido. Nápoles, conquista del Gran Gonzalo, acogia al Rey Católico, apartado del régimen de Castilla. A la liga de Cambray, formada contra venecianos por los mismos que necesitaban de su amistad y ayuda, iba á sustituir la Liga Santa (1), cimentada en el resentimiento de Venecia contra los franceses. En Italia, como en palenque universal, se ventilaban todos los derechos y usurpaciones. Allí acudian, España á dominarla con su fortuna; Francia, á despedazarla con sus rencores; Maximiliano, á corromperla con sus intrigas. En el pontífice Julio II, su protector natural, tenia un tirano; y de Venecia, egoista y codiciosa, no podia esperar sino perfidias. En vano los cisnes de aquellas playas saludaban con himnos de triunfo al moderno Aníbal (2). Vencedora ó vencida, Italia labraba contra sí propia su mengua y su cautiverio (3).

Igual desdicha hubiera cabido tambien á España, á no velar por su suerte un consumado gobernador. Con la ausencia de D. Fernando, su injustificable amistad con Francia, y el menosprecio que hacia de la memoria de D.ª Isabel, dando á su tálamo sucesora, andaban un tanto agriados los ánimos en Castilla, y poco satisfechos de su incorporacion los aragoneses (4). Con el imperio desconcertado del Archiduque, en quien solo hallaban favor las sugestiones de la lisonja, tornaba á

(1) Esta se concluyó en 1511; la primera en 1508; aquella entre el Pontífice, Venecia y España; la de Cambray entre el Papa, el Emperador y rey de romanos, el rey de Francia, como duque de Milan, y el de España, como rey de Nápoles.

(2) «En medio de aquel coro general de adulaciones, dice Prescott en su *Historia de los Reyes Católicos* (traduccion del Sr. Sabau, tomo IV, pág. 52), solo la musa de Sannazaro, que valia mas que todas juntas, estaba silenciosa.»

(3) *Servire per sempre, vincitrice o vinta.* Maquiavelo, en el libro VII de su *Arte della guerra*, censura agriamente la corrupcion é inmoralidad de Italia en aquella época.

(4) Sin embargo, la union de Aragon y Castilla se ha considerado siempre, por propios y por extraños, como en alto grado ventajosa á ambas coronas.

medrar el bando de los señores revoltosos y descontentos. Todos estos males atajó á tiempo la Providencia. Llevóse en lo mejor de su edad al esposo de D.ª Juana; la vuelta de D. Fernando restauró en breve el comun sosiego; y el arzobispo Jimenez, no menos por su dignidad que por sus sábias resoluciones, supo granjearse el respeto aun de los mismos á quienes contrariaba; espejo en que deben mirarse los encargados de la justicia.

Restablecida así la tranquilidad doméstica, y las contiendas extrañas aplazadas, si no del todo sobreseidas, era preciso atender á otra necesidad muy encarecida de los políticos. Las guerras son enfermedades graves, de que tardan en convalecer los pueblos; la gente que vive de ellas, acostumbrada á sus rebatos y desasosiego, no puede de pronto quedar ociosa; es sangre que, paralizada, se corrompe y vicia, y suele ser de mas daño que provecho para el Estado (1). La ambicion de otros, que no la propia naturaleza, habia hecho además á los españoles tenaces y belicosos; hasta el inofensivo labrador entendia del

(1) «E porque la soltura de la gente es tanta hoy, que conviene rogar y al mazo dar. ¡Oh! quantos en quantas maneras loan la guerra por el bien que della sucede: que sin ella no hay perpetua paz..... En especial agora que se esperaba en España si esta guerra no se atravesara lo que acaesció despues que Cepion subjuzgó á Cartago y las guerras hobieron sobreseimiento, do se descubrió cantidad de robadores.» (Carta de Pulgar al conde D. Pedro Navarro cuando pasó á África con el cardenal de España. — Pliego suelto, sin lugar ni año, existente en el tomo cxv de varios de jesuitas, de la Real Academia de la Historia.)

«El Gran Capitan habia por este tiempo enviado á España alguna gente inquieta del reino de Nápoles, para que la empleasen; y el Arzobispo persuadió á D. Fernando destinase aquella gente á la conquista de alguna plaza de Berbería, ofreciéndole once cuentos para las pagas. Hicieron la empresa de Mazalquivir con el alcaide de los Donceles, D. Diego de Córdoba. Los que, por fin, despues de tomada la plaza, quedaron en ella, hicieron treguas con los de Oran para contratar unos con otros, por lo bien que les estaba.» (Ferreras, *Sinópsis histórica de España*, tomo xii, páginas 84 y 85.)

manejo de la lanza tanto como de la esteva; el noble no conocia mejor oficio que el de las armas; y gracias al patrocinio de Isabel y de Cisneros, y á las ventajas que lograban los estudiosos, resplandecia ya la luz de la imprenta, encendida en la de las aulas, alternando con el estruendo de las lides el apacible cultivo de las ciencias y de las artes (1).

Mas quien tenia á su cargo el régimen del gobierno, no podia, como solícito repúblico, anteponer ninguna otra gloria á la de las armas; en ellas vinculaba sus triunfos la religion, la patria sus aumentos, y el valor español la fama con que volaba por todo el orbe. De las empresas lejanas, podia ponerse en duda la justicia ó la conveniencia; de las que se referian á la independencia ó integridad de España, mengua hubiera sido, entonces como ahora, apartar los ojos un solo instante. Acababa de terminar la nacion la lucha mas heróica que han presenciado jamás los siglos; y era natural que los que á tanta costa habian labrado la emancipacion de su patria, vivo aun y reconcentrado en sus pechos el ódio á los enemigos, aspirasen á nuevos triunfos, lanzándolos hasta de sus hogares y propios atrincheramientos (2); que el pueblo, cebado en la victoria, anhelara propagarla tambien en extraños límites; y que nuestros adalides contemplasen estrecho campo de sus proezas el ámbito que se dilataba de Cádiz al Pirineo.

Allegábanse otros móviles, propios tambien de la humana naturaleza. De la larga usurpacion de los sarracenos, solo quedaban los testimonios de su derrota; mas por lo mismo que eran de doloroso recuerdo para los vencidos, debian servir

(1) D. Diego Clemencin, en su *Elogio de la Reina Católica*, cita los nombres de los que se distinguieron en uno ú otro concepto bajo tan venturoso reinado.

(2) «Après la chute de Grenade, ils parurent vouloir s'occuper serieusement d'étendre leurs conquêtes dans ce pays (l'Afrique).» (E. Pelissier, *Exploration scientifique de l'Algerie*, tomo vi.)

de continuo despertador á los vencedores. Una generacion de proscriptos gemia al otro lado del Estrecho, léjos de la que creian su patria. Contemplábanse allí seguros, y de su seguridad podian nacer para España nuevos riesgos, conflictos y turbaciones. El suspiro de Boabdil era un grito de guerra para sus vasallos; los que entre nosotros vivian con capa de industriosos é inofensivos, tenian clavada su vista en África, como si de allí aguardasen socorro para romper el yugo que aborrecian.

Del África pues podian provenir, y de hecho provenian, todas las agresiones. Cruzando el Mediterráneo en sus correrías, sembraban terror y estrago por todas partes las fustas de los corsarios. La reputacion, ya heróica, de Barbaroja (1) le permitia consumar á mansalva todo género de excesos y crueldades; no habia quien se aventurase al comercio, ni quien osara apartarse de sus playas, ni fuerza que defendiese las poblaciones; razon mas para encaminar nuestras armas por aquel lado.

África, cuya parte septentrional amenizan ricos bosques y fértiles llanuras, parece destinada por la naturaleza á formar parte de Europa, trocando con ella sus producciones (2). Cuantos imperios se han dividido el mundo, pusieron en ella sus esperanzas y su codicia. Alejandro la amenaza desde Egipto, mas con su muerte se frustra y disuelve la falange de Macedonia. Cartago y Cirene prestan á Útica su grandeza, pero ni

(1) Por los años de 1504 y 1505 se habia hecho ya temible el primer Barbaroja, á quien nuestros historiadores dan el nombre de Aruch, Oruch ú Omich, apoderándose de dos galeras del pontífice Julio II y de una nave que trasportaba á Nápoles quinientos soldados nuestros. Véase al P. Haedo, ya citado, y la *Crónica de Omiche y Haradin Barbarojas*, por Francisco Lopez de Gómara, inserta en el tomo VI del *Memorial histórico de la Real Academia de la Historia*, páginas 357 y 358.

(2) César Cantú, *Histoire universelle*, tomo XIII, pág. 454.

Lúculo ni Pompeyo, ni los lugartenientes de Augusto y de Trajano logran sobreponerse á los rebatos de los numidas. Los moros, naturales, como estos, de aquellas regiones, se acomodan fácilmente al imperio de los extraños; con la misma docilidad que el cristianismo, reciben los mitos de los gentiles y abrazan la creencia de los mahometanos; conceden sus hijas á los colonos de Roma; se sublevan con Bonifacio; pactan alianza con Gontarico, caudillo de bárbaros invasores; se reconcilian con Belisario, y quedan reducidos por fin á la servidumbre de los árabes, transformándose en romanos, en vándalos, en asiáticos (1), siempre viles, siempre solemnizando con su presencia el festin de los vencedores. Entre la Numidia feroz y las Mauritanias, pobladas de razas débiles y cobardes, toda nacionalidad era imposible. De aquí nacieron los estados independientes; de aquí los gobiernos berberiscos, afrenta de la política europea (2). Si al cabo era destino de África servir perpétuamente de teatro á tan borrascosas vicisitudes, mas bien que esclava de las dinastías musulmanas, le hubiera convenido ser tributaria de una nacion de Europa, y sobre todo, de la que con ella partia límites, de España, elegida por la Providencia para presidir á la cultura del universo.

Todas estas reflexiones entraban sin duda en los cálculos de Cisneros, y se inflamaba su ánimo en deseos de acometer tan audaz empresa. Con ella satisfacia asimismo los del pueblo, cuyo perspicaz instinto era tan favorable á aquella determinacion, mayormente desde que la rota de D. Diego de Córdoba en Mazalquivir (3) habia añadido nuevo estímulo á su venganza. Francia en lo antiguo, Sicilia y Génova en mas de una ocasion, y los portugueses repetidas veces, ó por es-

(1) *Alger*, par M. P. Rozet. *L'Univers.*—Paris, 1850; tomo LII, pág. 19.
(2) C. Cantú, *ubi supra.*
(3) En 1507.

píritu de ambicion, ó movidos de sus agravios, habian llevado sus huestes á aquellas partes. De Aragon y Castilla habian partido ya tiempos atrás expediciones contra los berberiscos; y la ocupacion por las armas españolas de Melilla, Mazalquivir y el Peñon de Velez, así como el auxilio con que en Arcilla acudimos á Portugal (1), mostraban las intenciones del Rey Católico en punto al Africa, constante objeto de sus solicitudes, bien que á lo mejor frustradas por las complicaciones que en Europa sobrevenian.

Por concesion de la Santa Sede teniamos en aquellos estados el derecho exclusivo de su conquista (2), y sin mas con-

(1) Innumerables puede decirse que fueron las empresas de Europa contra África en todas épocas, en especial desde el siglo XI. A fines de este el papa Víctor III envió una expedicion para apoderarse de la ciudad de Mehadia, llamada África. A principios del siglo XII, Roger, rey de Sicilia, obtuvo repetidas victorias en aquellas partes, tomando algunas plazas y puntos de importancia, que se perdieron en el reinado de su sucesor. Felipe Doria, almirante de la república de Génova, se hizo dueño de Trípoli en 1355, y á fines de este siglo los genoveses armaron otra expedicion con auxilio de Francia, aunque sin fruto alguno. Don Sancho, rey de Navarra, llevó tambien sus armas contra Túnez en 1200, aunque algunos aseguran que pasó á aquellas regiones en busca de socorros. Bien conocida es la jornada de San Luis á Túnez. A mediados, ó poco mas, del siglo XIII, D. Pedro III de Aragon proyectó y llevó á cabo algunas conquistas en las partes de África, así como su almirante Roger de Laura; mas adelante, Gilvert, vizconde de Castel-Nuovo, y un siglo despues el infante D. Pedro y D. Alonso de Aragon. Portugal no apartó sus ojos de aquellas costas desde principios del siglo XV, llevando por auxiliares de sus armas las exploraciones científicas y el comercio. Don Juan I se hizo señor de Ceuta en 1415; D. Eduardo sufrió un fuerte revés en Tánger en 1437. Don Alonso V fué llamado por sus empresas *el Africano;* y en 1507 consiguieron tambien los portugueses la posesion de Safhí, sin alzar mano de sus proyectos durante el siglo XVI, como lo prueba la infausta jornada de D. Sebastian. Las empresas ya formales de Castilla respecto al África datan desde los tiempos de S. Fernando, que reunió en Sanlúcar una poderosa escuadra al mando de Bonifaz, la cual, con motivo de la muerte del mismo rey, ni siquiera se dió á la vela. Verdad es que semejantes proyectos no maduraron hasta la época á que este escrito se refiere.

(2) «En 1494, en la guerra movida al Papa por Cárlos VIII de Francia, con-

sideracion que ser esta de todos tan apetecida, podia reputarse el dominio de África como una alta aspiracion política; fin con que se justifican muchas veces pretensiones menos legítimas y acertadas. De que la idea estaba hacia tiempo en la mente de todo el mundo, y aun la seguridad de que se realizase, tenemos una prueba evidente en la permuta que Hernan Perez del Pulgar, el de las Hazañas, hizo de sus bienes por los molinos de Tremecen cuando se conquistasen (1); rasgo caballeresco, á que la posesion que tomó de los mismos su heredero, quita el carácter, que algunos pudieran darle, de maravilloso. Y en cuanto al concepto político de la empresa, tan en consonancia estaba con el sistema y espíritu del Gobierno, que es una de las prescripciones contenidas en el testamento de D.ª Isabel (2); como si por este medio hubiese querido mostrar la ilustre Princesa que África habia sido tambien para ella, como para D. Fernando, el norte de sus esperanzas, el término de su anhelo, y que debia serlo de sus sucesores, poniendo en tan alto punto la mira, para llevar á dichoso término la gloria de la nacion.

Cuando los turcos preparaban su agresion contra Europa, por una parte corriéndose hácia Hungría, y por otra, contando

cedió Alejandro VI á Fernando de Aragon la conquista de Africa, y la investidura y posesion perpétua de aquellos reinos de infieles, excepto lo de Fez y Guinea, que por concesion apostólica poseian ya los portugueses.» (*Historia general de España* del Sr. D. Modesto Lafuente, tomo x, pág. 15.)

(1) Los documentos justificativos de esta transaccion se hallan en *Hernan Perez del Pulgar*, el de las Hazañas, bosquejo histórico del Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa (Madrid, 1834, 8.º), apéndice, números 17, 18 y 19.

(2) «E ruego é mando á la Princesa mi hija é al Príncipe su marido, que, como católicos príncipes, tengan mucho cuidado de las cosas de la honra de Dios é de su santa fe..... é que no cessen de la *conquista de África* é de puñar por la fe contra los infieles.» (Apéndices al tomo ix de la *Historia de España* de Mariana, edicion de Monfort.—Valencia, 1796, pág. 14; testamento de la Reina Católica de 12 de octubre de 1504.)

con enseñorearse de Italia, y los gobiernos de esta cerraban sus ojos á aquel peligro (1), ¿qué recurso mas político que encender la guerra en las costas de Berbería, cuyos jeques y emires eran auxiliares ó feudatarios de los sultanes? Pero Cisneros sabia encumbrar á otra esfera sus pensamientos. La política, á su modo de ver, no debia ceñirse á un fin único y limitado, sino derivarse de tal principio, que fuese norma segura en todas las circunstancias, y diese cumplida satisfaccion á todos los intereses. En dos polos, no opuestos, sino conjuntos, descansaba la máquina del Estado: la religion y la monarquía; ambas se prestaban apoyo mútuo; en la desgracia y en la prosperidad habian gemido y triunfado juntas; y no era dable acometer empresa de importancia, sin que sirviese la cruz de enseña á nuestros pendones. Lo que fué para Carlo Magno medio y objeto de su unidad política (2), debia ser para Cisneros propósito y móvil de su conquista. De escaso valor era á sus ojos la adquisicion material de nuevos imperios y señoríos; mas contemplaba como un deber el propagar la fe y civilizacion cristianas por la que fué un tiempo patria de los Ciprianos y los Agustinos (3). Su nueva dignidad de príncipe de la Iglesia, sus virtudes apostólicas, sus predicaciones en Granada, su reforma en la disciplina de los cláustros, su espíritu, su vida, y por último, el entusiasmo con que alguna vez acogió el piadoso delirio de las cruzadas, no podian inspirarle ni mayor ni distinto anhelo (4). En Es-

(1) PRESCOTT, *Histor. de los Reyes Católicos*, tomo III, pág. 19.

(2) CANTÚ, *Histoire universelle*, tomo VII, pág. 383.

(3) HEFELÉ, *Le cardinal Ximenès*, pág. 392.

(4) En la biblioteca de la Universidad Central, tomo de papeles mss. (Est. 97, caj. 1, núm. 6), rotulado *Conquista de Oran y memoriales de guerra*, existe una *Relacion*, de que tengo copia, escrita por Fr. LÚCAS DE GAITAN, de las cosas que vió en la Tierra Santa y ciudades de la costa de Levante, con su parecer sobre la manera de llevar á cabo la conquista por estas partes. El escrito está dirigi-

paña predominaban aun los mismos sentimientos que habian alimentado su heroismo de ocho siglos; los árabes guerreaban tambien en nombre de sus creencias; el cristianismo conservaba sus órdenes militares, y si la política habia de serlo, dando de sí sazonados y opimos frutos, debia someter y enlazar los intereses materiales al esplendor y acrecentamiento de la religion.

Ya en vida de la Reina se habia ventilado el punto de una expedicion á la costa de Berbería; y el animoso conde de Tendilla, cuyo carácter caballeresco le habia hecho popular hasta entre los moriscos, se brindó á sufragar los gastos de la jornada (1). Mas ni este propósito, ni la ratificacion que hizo de él la misma Reina en su última voluntad, amenguan en modo alguno el del Arzobispo, el cual lo realizó de manera, que seria injusticia usurparle la gloria de la iniciativa.

La muerte de D.ª Isabel, y las turbulencias que sobrevinieron, obligaron á alzar mano en aquel designio; pero no mucho despues, y como por via de preparacion y ensayo, partió de Almería una pequeña escuadra con el alcaide de los Donceles, D. Diego Fernandez de Córdoba, que para el mando de las fuer-

do al cardenal Jimenez, y segun parece, á peticion suya. Es pues indudable que abrigó pensamientos de realizar una cruzada; y mas todavía en vista del curioso documento que cita Gomez de Castro, y á que alude Hefelé en su *Vida del Cardenal*, pág. 393. Es una carta del rey D. Manuel de Portugal, escrita al mismo Cisneros, sobre la empresa de la Tierra Santa, á la cual le promete coadyuvar, encareciéndole las ventajas de tan acertado pensamiento. De esta, y de una segunda carta sobre el mismo asunto, tengo copias en mi poder, y una coetánea (del siglo XVI) de la que escribió en 1506 el mismo D. Manuel al Rey Católico, en que discurre largamente sobre el particular. Por consiguiente, este asunto puede ilustrarse con muchas pruebas.

El Sr. D. Martin de los Heros, en su *Vida del conde Pedro Navarro* (*Documentos inéditos*, tomo XXV, pág. 130), dice que, despues de lo de Oran, «se preparaba una expedicion..... hasta Alejandría y aun á la Tierra Santa.»

(1) Pelissier, *Exploration scientifique de l'Algerie*, tomo VI.

zas de mar llevaba consigo á D. Ramon Cardona. Del coste de esta empresa parece que se encargó el primado (1), pues las copiosas rentas de su diócesis y su buena administracion le permitian anticipar por lo menos la suma que se necesitase. Logróse por completo el fin: en agosto de 1505 se hicieron á la vela; en setiembre se apoderaron, no sin trabajo y porfiada resistencia de los enemigos, de la ciudad y fortaleza de Mazalquivir, situada dentro del mar, en la playa de Berbería, y unida solo al continente por una lengua de tierra; punto importantísimo por ser el puerto mas capaz y abrigado de aquella costa, cercano á Oran, y excelente como base de las empresas que se intentaran en lo sucesivo. Dos años despues, sirviendo el mismo D. Diego la tenencia de aquella plaza, en una correría que hizo con la guarnicion, se vió acosado por la morisma en términos que, á mas de perder buen número de gente, hubo de meterse á toda priesa en su fortaleza; y esta derrota, segun queda apuntado, se recibió en España como un ultraje que pedia venganza ejemplar y pronta.

En la resolucion estaban conformes todos los pareceres; únicamente disentian en la manera de realizarla. El Rey era quien se mostraba mas remiso; y no porque le disgustase tentar la fortuna por aquel lado, pues á mas de realizar así sus proyectos, podia encubrir algun otro á la sombra de lo de Berbería, y aprovecharse quizá del descuido de sus rivales, sino porque, naturalmente receloso y desconfiado, temia que el Cardenal, siendo el que solicitaba aquella empresa, se tomase sobrada mano en el negocio, y una vez hecho, se reservara para sí las mayores utilidades. Apurábale asimismo la falta de recursos; mas no podia oponer este reparo, dado que el Arzobispo ofrecia los suyos, y no se mostraba exigente en

(1) Así lo aseguran los principales historiadores, y aun dicen que adelantó al efecto once cuentos de maravedises.

cuanto al plazo ni á las demás condiciones del reembolso (1).

Atizaban, por su parte, esta prevencion la gente de guerra y sus allegados. Ponderaban las dificultades del intento, los dispendios que ocasionaria, la autoridad con que debia llevarse á cabo, todo con el fin de apartar de él el ánimo del Arzobispo. Y como este replicase que, á mas de satisfacer los gastos, acaudillaria en persona la expedicion, prorumpieron desembozadamente en sátiras y murmuraciones. Decian que un fraile septuagenario y endeble de salud, por mas que hubiese llegado á arzobispo y cardenal y ministro de los reinos, no habia de ser tambien árbitro en los asuntos de guerra, ni alzarse con el oficio de capitan; que una cosa era mostrar entereza y vigor para los consejos, aposentándose en los estrados de la corte, y otra vivir al raso, empuñar la espada, y lanzarse en lo mas récio de los combates; censuras que no hacian mella en quien contaba con voluntad tan firme, y era además el único que podia tomar sobre sí tan aventurado empeño.

De antemano habia reunido cuantas noticias podian ser de provecho para su jornada, no solo respecto al número y calidad de la gente que habia de servir en ella, sino á los aprestos de bajeles, víveres y municiones, y á los puntos en que debian emprenderse las primeras hostilidades. Un coronel italiano, Jerónimo Vianelo, que ya se habia distinguido en nuestros ejércitos y en el arma de artillería, le facilitó diseños de las costas y plazas de África, que habia estudiado detenidamente, y en especial de Oran, reputada á la sazon como llave de aquella tierra (2). Porfió Cisneros; accedió el Rey, y se dis-

(1) Dícese, por el contrario, que se convino en renunciar á este, si no se realizaba su proyecto.

(2) Oran era una especie de república bajo la proteccion del rey de Tremecen, y el principal mercado del comercio con Levante. Era rica y poderosa, poseia gran número de buques de guerra y mercantes, que ocupaban continuamente aquella estrecha parte del Mediterráneo.

puso dar principio á los preparativos. En Málaga habian de juntarse las provisiones; la masa de la gente y la incorporacion y armamento de los bajeles debian hacerse en Cartagena. Para el mando de la expedicion se eligió á Pedro Navarro, conde de Oliveto (1), célebre en el arte de las minas, que pocos meses antes se habia apoderado del Peñon de Velez, yendo en persecucion de unos corsarios. Por cabos se nombraron al conde de Altamira, Juan de Espinosa, Alonso de Granada Venegas, Gonzalo de Ayora, Villalva y algunos otros; maestre de campo á Vianelo; y á Villarroel, gobernador de Cazorla, sobrino del Arzobispo, comandante de la caballería, en que iban hasta cuatro mil jinetes. Con estos y ochocientas lanzas de las guardas ordinarias, se componia el ejército de catorce á diez y seis mil hombres (2), muchos de ellos veteranos de Sicilia (3), los demás procedentes de las levas últimas. Las embarcaciones de todas clases no llegaban á noventa (4); las provisiones de boca y guerra eran cuantiosas.

(1) Algunos afirman que Cisneros quiso valerse del Gran Capitan para que acaudillara su empresa; pero como D. Fernando desconfiaba ya tanto de este, se opuso á su nombramiento.

(2) Quintanilla trae el estado de la gente y aprestos que pidió el conde Navarro para la jornada (lib. III, cap. 19). El códice citado de la Universidad Central contiene tambien el *Memorial* de Hernando de Zafra, *de la gente que es menester para passar en allende, y asy mesmo de los bastimentos* (año 1506). Uno y otro documento son interesantes, pero no puedo insertarlos por no hacer este escrito demasiado voluminoso.

(3) De los soldados que vinieron de Nápoles á la conquista de África habla Zurita en sus *Anales*, tomo VI, lib. VI, cap. 15.

(4) Por la razon expresada tengo que renunciar á transcribir aquí la nota de los marinos y buques que sirvieron en la expedicion de Oran. Existe en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, y comprende noticia del número de embarcaciones que se llevaron, el porte de cada una, sus patrones, pilotos y tripulacion, los sueldos que se pagaban, etc. Eran 33 naos, 22 carabelas, 6 galeotas, 3 tafureas, una fusta y 19 barcos.

Parecian ya superadas todas las dificultades, cuando el Rey puso otras nuevas, valiéndose de dilaciones y entorpecimientos (1). Costóle al Cardenal no pocos pasos vencer asimismo esta resistencia; y no bien lo habia conseguido, y trasladádose al puerto de Cartagena, teniéndolo todo dispuesto para emprender su navegacion, se suscitaron embarazos de otra especie, que hubieran retraido de su designio al hombre mas animoso. Sobre la provision del mando de ciertas compañías, habia ya tenido Pedro Navarro con el Cardenal altercados y contestaciones, pues como soldado brusco y de humilde orígen, era de condicion poco sufrida, y tan suelto de lengua como de manos. Puesto ahora de acuerdo con Vianelo, y próximos á embarcarse, parece que corrieron la voz entre los soldados de que no se les darian sus pagas. Con esto se amotinaron. Vianelo trató de reprimirlos, castigando á algunos; Villaroel tomó la defensa de su tio, y pasando de las palabras á los hechos, dió al italiano una cuchillada, que le tuvo á las puertas de la muerte. Por fin, sanó este de su herida; pagóse á los soldados, segun iban entrando á bordo, y el 16 de mayo de 1509, á las tres de la tarde, levando anclas la armada toda, con viento próspero, tomó el rumbo de Berbería.

No habrian pasado veinte y cuatro horas, cuando alcanzó á ver el cardenal Jimenez, capitan general de África á la sazon, el promontorio de Cabo-Ferrato, levantado sobre la costa que enfrente se dilataba, como para indicarle el punto adonde debia enderezar sus proas. A un lado, sumergida al parecer entre las aguas, distinguia la fortaleza de Mazalquivir, y figurábasele oir las salvas con que le daba la bien venida; al otro la ciudad de Oran, con sus torres y millares de

(1) Atribúyense estos al conde Pedro Navarro, y á Vargas y Villalobos, encargados de los acopios de provisiones.

edificios, rica, suntuosa, edificada sobre dos alturas; y llevando en la memoria las descripciones de Vianelo, creia descubrir el fondo de su bahía, árido y de triste aspecto, y enmedio de sus dos colinas, los pomposos jardines regados por la corriente de un arroyo. Su júbilo le representaba todas estas risueñas imaginaciones; su entusiasmo le hacia anhelar el momento de poner la planta en aquella orilla, donde tenia su triunfo por indudable; que, aunque anciano, conservaba todo el nervio y hervor de la juventud.

Al caer de la tarde arribó la armada á Mazalquivir; desembarcó la gente de á pié; los caballos quedaron hasta nueva órden en los bajeles. Pasóse la noche en vela, y en idear trazas para el siguiente dia (1). El Cardenal no reposó un momento; el conde Pedro Navarro y los demás cabos tuvieron sus conferencias; y habiendo recibido aviso de que se veian las ahumadas de los enemigos, señal de estar ya prevenidos de su llegada, acordaron emprender la marcha antes que amaneciese. Oran distaba de Mazalquivir poco mas de media legua; no era menester mucho tiempo para ponerse á la vista de la ciudad.

Con todo, gran parte de la mañana se gastó en razonamientos y proyectos. Queria el Cardenal tener á mano la caballería; Navarro la contemplaba inútil, y en esta porfía transcurrieron algunas horas: al fin se conciliaron ambos pareceres, sacando de las naves el grueso de ella. Llegó el ejército á una eminencia cerca de Oran, desde donde casi se dominaba la plaza á caballero. Estaba ya ocupada por la morisma, y Navarro determinó apoderarse de ella. Caminaba el Cardenal en una mula delante del ejército, acompañado de reli-

(1) No están conformes todos los historiadores en las fechas de estos sucesos; sin embargo, es fácil conocer quiénes las equivocan, por las contradicciones en que han incurrido.

giosos de su órden, asimismo en sendas cabalgaduras; precedíale la cruz arzobispal, y él y todos los otros ceñian espadas sobre los sayos sacerdotales; que á quien sepa la obligacion que en lo antiguo tenian los eclesiásticos de acudir á las batallas, y recuerde la animacion con que el insigne prelado D. Rodrigo pinta la de las Navas, en que militó, como ahora nuestro arzobispo, no maravillará semejante resolucion (1).

Puesto pues el venerable pastor á la cabeza de sus huestes, y viéndose cercano á los enemigos, trepó á una loma, y desde allí, en breves palabras, como la urgencia del caso requeria, les habló de la empresa que iban á acometer, y les comunicó tal ardimiento, que los soldados prorumpieron en gozosos vivas, mostrándose impacientes por venir á las manos con los contrarios. Determinado iba ya el Cardenal á trabar la lid, cuando Navarro y sus compañeros le detuvieron, rogándole que no pusiese su vida en trance tan peligroso, ni á ellos en el caso de distraerse del combate por el cuidado de su persona. Vencido de sus argumentos, bien que con repugnancia, hubo de retroceder á Mazalquivir, dirigiéndose á la capilla de S. Miguel, para pedir al cielo en fervientes preces por los que defendian su santa causa.

Reconocidas las alturas que ocupaban los enemigos, y calculado su número, que era considerable, dudó el conde Navarro si darles una embestida antes que cayese la tarde, ó esperar hasta el otro dia. Pidió órdenes al Cardenal, y este le mandó atacar sin tardanza y resueltamente. Repartido pues el ejército en cuatro cuerpos, con la necesaria asistencia de caballos y de cañones, sonaron atabales y trompetas, y en

(1) En la Biblioteca Nacional se conserva un manuscrito (G. 214). *Dichos y hechos..... del Illmo. Jimenez de Císneros.....*, por el licenciado Baltasar Porreño, que, en prueba de la obligacion que tenian antiguamente los sacerdotes de ir á la guerra, cita al Tostado, cap. 9, in num. q. 9.

un momento, y como á impulsos de una voluntad sola, se movieron aquellos tercios, acercándose á la montaña (1).

Cubria su falda una espesa niebla; los moros se mantenian quietos y silenciosos; mas apenas, ganando los nuestros parte de la subida, salieron al aire libre, cayó sobre ellos tal lluvia de piedras, de flechas y de bodoques, que parecia venírseles encima la sierra toda. Allí fué el empuje de los mas fuertes; allí la saña y obstinacion de los corazones. Eran los enemigos muchos y denodados; no cejaban un palmo de terreno; no tenian las manos ociosas un solo instante. Sangrienta iba mostrándose la fortuna, cuando acertó el conde Navarro á ladear las bocas de sus cañones; sembraron sus tiros terror y estrago en las filas de los infieles, que no pudiendo soportar la furia de sus rociadas, á paso lento primero, y luego atropelladamente, trataron de acogerse al amparo de sus murallas.

Pero aquí los aguardaba desengaño mas doloroso; porque habiendo la artillería de la armada, haciendo fuego desde las naves, descabalgado las mejores piezas que tenian los moros en su ciudadela, y encaramándose por otra parte hasta los adarves algunos de nuestros soldados, que se sirvieron de las picas como de escalas, de improviso se vió la ciudad ocupada por los españoles. Sosa, capitan de la guardia del Cardenal, fué el primero que, á las voces de «Santiago y Cisneros», enarboló en las almenas de Oran el estandarte de los cristianos. Siguiéronle algunos otros, y abiertas de par en par las puertas de la ciudad, se precipitaron los nuestros en ella como un torrente (2).

(1) Los pormenores de la batalla pueden verse en Gomez, en Quintanilla, en Mariana, en Flechier, y en cualquiera de los demás historiadores.

(2) Esta prontitud fué muy conveniente, porque al otro dia llegó el rey de Tremecen con grandes fuerzas, y viendo ocupada la plaza, tuvo que retirarse.— No falta quien asegure que este triunfo se debió á las inteligencias que los nues-

Cruel era en aquella época la victoria; crueles no menos que valerosos fueron los españoles con los vencidos. El saco y la mortandad, que duraron toda la noche, darian argumento á un horrible cuadro : no estimemos jamás un triunfo por la sangre de los que lo pierden. Oran era ya de España. El gran cardenal Cisneros recibió las llaves de la poblacion, y entró en ella aclamado como conquistador, admirado por su prevision, bendecido por su entereza y por su constancia. Merecedor se habia hecho de tanto y mayor aplauso; no fué César mas grande ni mas dichoso cuando cifró en una sucinta frase la hipérbole sublime de su victoria; pero nuestro modesto caudillo remitió á Dios todas sus alabanzas. Con los despojos de una ciudad que con razon era tenida por el emporio mas opulento de aquella tierra, pudo añadir gran copia de riquezas á su tesoro (1); mas reservándose únicamente algunos libros, tal cual trofeo para su iglesia, y los dones de que pensaba hacer presente á su soberano, dió insigne ejemplo de abnegacion y de menosprecio á los bienes de la vida. Su primera diligencia y su mayor gozo fué devolver la libertad á trescientos cristianos que en aquellas mazmorras gemian cautivos. Con lauro tan inmarcesible acabó de coronar la fama su ilustre nombre, completando el glorioso triunvirato en que aun figura, compañero de Colon y del Gran Gonzalo.

Compañero fué de uno y otro, así en la celebridad como en la desgracia. España ha solido ser siempre tierra de

tros tenian en la plaza, y á un judío y dos moros, cuyos nombres se citan, que abrieron las puertas á la gente del Cardenal; pero es una suposicion, que no se apoya en testimonio olguno.

(1) El precio del botin se estimó en quinientos mil escudos de oro. — Murieron cuatro mil de los enemigos, y cinco ú ocho mil, segun otros, quedaron prisioneros. De los nuestros se dice que no perecieron mas que treinta hombres. Pocos son; pero en todos tiempos se ha dado á las victorias este carácter maravilloso.

ingratitudes : atribuyámoslo al número de los merecedores mas que al de los ingratos. Pero al considerar que pocos dias despues de su conquista tornó el Cardenal á la corte, temeroso del Rey, ofendido por Navarro, y renunciando para siempre á la prosecucion de una empresa que habia sido el colmo de sus ilusiones y esperanzas, pudiera decirse que aun en el mundo hay una expiacion para los que pasan por sus grandezas y su fortuna (1).

Omito, Señores, la relacion de todas estas vicisitudes, que no conducen á mi propósito ; paso tambien por alto, en obsequio á la brevedad, los triunfos conseguidos por el conde Navarro posteriormente, su entrada en Bujía y Trípoli, despues de rigorosos asedios, el terror que produjo en los pueblos berberiscos, haciendo tributarios de España á Argel, Túnez y Tremecen, y cómo la infausta rota de los Gélves frustró en cierto modo tan halagüeños resultados, paralizando el progreso de nuestras armas. Cárlos V, con todo su poder, se vió en las aguas de Argel contrariado por la naturaleza ; la naturaleza, pasados mas de dos siglos, nos arrojó tambien de Oran, primera y última de nuestras principales conquistas en aquellas partes. Oran, pues, representa, no solo el período de nuestra dominacion, sino el espíritu que presidió á nuestras primeras expediciones de África.

Señores, ó me ofusca la razon el exceso de mi amor patrio, ó ese espíritu llevaba en la misma generosidad y grandeza de sus fines su mayor justificacion y encomio. Lanzando de España á los sarracenos, persiguiéndolos hasta en sus reparos y guaridas, seguiamos el camino que nos indicaban nuestras victorias; y devolviéndoles su agresion, usábamos ciertamente

(1) Los historiadores cuentan aquí lo mal que se condujo el conde Navarro con el venerable Arzobispo, y aun la injusticia con que le trató el Rey ; causas que obligaron á Cisneros á regresar en seguida á España.

del derecho de represalias, que en aquella época era natural y de todo el mundo reconocido. Y si atendemos á las consecuencias materiales de la conquista, ¿cómo negar que fuesen en sumo grado ventajosas á los intereses de España, á los de Europa, y en general á los de la civilizacion? Cada uno de los triunfos que en aquellas regiones se alcanzasen, era un beneficio dispensado al comercio de nuestro continente, no menos que á la causa de la humanidad, horrorizada con las iniquidades que diariamente se referian de los piratas. Bajo otro punto de vista, España, potencia marítima desde que fué señora del Guadalquivir, árbitra de dos mares desde que tuvo en su mano las llaves de Gibraltar, reina de las Baleares y las Canarias, y con dominio casi absoluto en Nápoles y Sicilia, no solo por título de mas fuerte, sino por razon de proximidad y por ley que su propio riesgo le imponia, estaba en obligacion de ser la defensa y antemural de la cristiandad, así como la cuchilla exterminadora de la barbarie. Ayudábanla, pues, en tan grande intento el deber, la justicia y la conveniencia. Veamos si procedió con acierto al realizarlo.

África se considera dividida en dos zonas imaginarias, que necesariamente deben entrar en los cálculos estratégicos (1): una se llama el Tell, compuesta de países por excelencia agricultores, abundantes de mieses, ricos en toda especie de produccion y fertilidad; otra lleva el nombre de Sahara, estéril la mayor parte, poblacion de bárbaros, tierra negada á todo fruto que no sea el de la palma melancólica del desierto. De esta diferencia resulta que la dominacion del Tell es la preferible, y aun exclusiva, de África; el Sahara es tributario de la primera, adonde en determinadas épocas acuden los habitantes del interior para trocar sus dátiles por los cereales in-

(1) *Algerie*, par M. CARETTE. — *L'Univers*, tomo LII, pág. 5.

dispensables á su subsistencia. Así se ven obligados á rendir vasallaje y feudo á la potencia que domine el Tell; y en la zona de este ocupa Oran uno de los puntos mas céntricos y aventajados; de suerte que, en cuanto á la direccion de nuestras fuerzas, y á los puntos en que desde luego trataron de establecerse, con dificultad hubiera podido darse eleccion mas atinada. Mazalquivir, el mejor puerto de aquellas costas, ofrecia un fondeadero excelente y un buen punto de apoyo á nuestras escuadras. Antes de aventurarse á penetrar en el interior, convenia contar con retirada segura, y desde ella extender nuestro dominio á otras plazas del litoral. Dueños ya de Mazalquivir, la posesion de Oran debia anteponerse á cualquiera otra.

Mas no bastaba fiar suceso de tal importancia y magnitud á la azarosa fortuna de los combates; ni era pensamiento eficaz y completo de adquisicion limitar la empresa á una mera ocupacion de territorio, sin miras ulteriores, sin valerse de medios que hiciesen necesario y perpétuo nuestro dominio. Al ciego ímpetu de las armas debia seguirse el reposo pacífico de las leyes; al estrago inevitable de la cruzada, la restauracion fecunda de la política. La toma de Oran se considera generalmente como una batalla feliz, y en cierto modo maravillosa. Algo mas fué, Señores : fué el medio de plantear una sublime idea, un sistema bien entendido de conquista, una agregacion de los estados africanos á la Península.

Teniendo el gran Cardenal, como no podia menos de tener presente, el ejemplo de los antiguos soberanos, el de San Fernando en Sevilla y el de los Reyes Católicos en todas las ciudades reconquistadas, apunta uno de sus primeros historiadores las bases en que pensaba fundar la colonizacion de los países que se adquiriesen; á qué reglas deberian someterse los pobladores; cuáles bienes pudieran adjudicárseles, y

cuáles reservar á la comunidad, en el concepto de propios ó de eclesiásticos; en qué forma convendria se trasladasen á aquellos países cierto número de caballeros de la órden de Santiago, que fuesen en Oran lo que en Ródas los hospitalarios; con lo cual, y con fundar algunas casas religiosas, y poner bajo una sola mano el gobierno de Oran y Mazalquivir, no seria efímera ni infructuosa la dominacion que tan próspera comenzaba. Añade el discreto historiador que D. Fernando contempló útil y necesario este proyecto, bien que no llegase á vias de ejecucion, y que otro tanto le pareció despues al Emperador, dado que la muerte del Arzobispo estorbase llevarlo á cabo (1).

(1) El historiador á que aludo en este párrafo es Gomez de Castro. Sus palabras, que no se han consultado bien, son estas:

«Deinde colonos deducendos, qui regionis fertilitate, et cœli benignitate capti, urbem salvam cuperent, et arva excolerent, et ut iam indigenæ pro aris et focis depugnarent. Alioqui si ea peregrinis, et statim vendituris, beneficii et muneris loco erat daturus, frustra se tot labores suscepisse, cùm omnia brevi essent ruitura. Porrò colonos ea lege Oranum esse deducendos, ut per continuum biennium pedem inde non moveant, nec abesse illis liceat ultra duos menses: si secus fecerint, jus coloniæ amissuros. Jam verò qui designati fuerint, intra duos menses Oranum ire teneantur. Publicus census, aut communia pascua nemini unquam privato donentur, sed aut publicis usibus relinquantur, aut at Dei cultum et delubrorum. Quòd si commendatarii, ut sæpius cum rege tractaverat, Oranum tandem mitterentur, qui hostibus nostris oppositi oram maritimam tuerentur, universæ proculdubio Africæ terrorem incuterent. Se quidem permultum reipublicæ interesse censere, ut quemadmodum ad Portugalliæ fines Alcantarenses, et in confinio Granatensium Oretani, quondam à majoribus nostris, quando Castella partim Maurorum vicinitate, partim Portugallensibus discordiis laborarent, constituti essent: et Rhodi Hierosolymitani, qui Turcarum regionibus proximi, eorum insultus et conatus retardarent: ita nunc quando divino beneficio, atque ipsius felicissimo regno, intestinis tumultibus Hispania liberata est, et ejus fines ultra mare prolati, saltem commendatarii Sancti Jacobi, qui in Uclesano cœnobio sunt, et qui illuc solemni ritu initiandi convenium, Oranum in novum cœnobium transmigrarent, in castris omnino futuri, donec post confecta vicesima stipendia, jam emeriti militia solverentur.

En vista de tan prudentes prevenciones, ¿será justo afirmar que el cardenal Jimenez, audaz en sus empresas y perseverante en sus designios, carecia de talento creador y del de organizar lo que creaba; que en la conquista de Oran obró con la misma preocupacion y exclusivismo que en todos sus demás hechos; que solo se cuidó de establecer iglesias y monasterios, y por fin el tribunal de la Inquisicion? (1). Aun sin las pruebas á que se refiere su historiador, debiéramos suponer que quien dió tales muestras de cordura y sagacidad en el gobierno, no habia de conducirse impremeditadamente

Hoc sanè si tunc regi placuisset, non modò Oranum tutam haberemus, quæ ob turcarum cum Mauris conjunctionem tam ancipiti custodia retinetur, sed de totius Africæ possessione decertaremus. At rex sibi facultatem donandi commendas, ea ratione adimi videns, causis quæsitis, negotium utile, et ut multis videtur necessarium, quoad vixit distulit. De quo postea Ximenius rerum summæ præfectus, quamvis crebros sermones habuerit, nihil tamen tentandum duxit, donec coràm cum Carolo de re ardua et impedita ageret. Nam Carolus, qui militaris disciplinæ studio cum primis tenebatur, facilè Ximenio assensurus videbatur: sed morte ante regem conspectum præventus, hæc et alia multa, cum maximo reipub. incommodo, imperfecta et informia reliquit. Juxta præscriptam à Ximenio formam, omnia propemodum à rege sunt curata. Nam de colonis deducendis, de agris dividundis, de utraque præfectura Didaco Fernando tradenda, è vestigio sunt confecta. Quæ verò ad religionem, ad publicos mores, ad reipublicæ officia spectabant, ferme intra triennium constituta sunt. Nam regiarum tabularum exèmpla, tertio ab hoc anno qui duodecimus ejus seculi erat, data, et deinde per tabelliones Onofrium Garsiam, Melchiorem Nonnium, partim anno quatuordecimo, partim decimo, sub Alphonso Fonseca Archiepiscopo signata, apud me habui, nunc verò ea Compl. Academia tenet, in quibus ex Hispania coloni Oranum deduci, agros ipsis et Maurorum prædia dividi, sex sacerdotes in templo maximo sacris more Christiano faciundis cooptari, quibus itidem sex domos dari jubentur, prope templum ipsum quoad fieri posset, ad accommodam habitationem hominum religiosorum. Alcazavæ et Castello, quod ab altera parte urbis Trimesenium versus Didacus Vera prudenti consilio, statim sub discessum Ximenii exædificavit (Razalcazar, quasi minorem arcem, Oranienses appellant) singuli sacerdotes deputari mandantur.» (*De Reb. Gest.*, lib. IV.)

(1) M. Leonce de Lavergne, *Le cardinal Ximenès.— Revue des Deux Mondes* du 15 mai 1841.

en la ocasion mas gloriosa y crítica de su vida. Su plan de colonizacion, puesto que en sus pormenores nos sea desconocido, da sobrados indicios para presumir cuán bien pensaba hermanar los intereses de la religion con los de la política, y cómo, dando el carácter de una cruzada á su expedicion, se proponia satisfacer el insaciable patriotismo de aquella época. Él enseñó á las generaciones venideras el rumbo por donde podia encaminarse la nacion á su verdadera gloria y engrandecimiento. Si el Rey Católico difirió aquellas conquistas por la de Navarra; si Cárlos V, empeñado primero en extrañas guerras, naufragó luego en Argel, al volver su ambicion al Átlas, y pospuso la corona de este á la del imperio; si la dinastía de la casa de Austria cambió la direccion que habia dado la de Borgoña á nuestras armas y á nuestra política (1); y si, por fin, la emigracion española preferia las encantadas y auríferas regiones de América á los peligros y estrecheces de África, obstáculos, y aun imposibles eran, en parte todavía dudosos, y en parte superiores á todos los cálculos del saber y de la experiencia. — ¡Pobre razon humana! Se ha amenguado la gloria de Cisneros porque nadie secundó sus profundas miras; si por dicha se hubiesen realizado, ¿quién pondria tasa á sus alabanzas? No se dijera hoy con mofa, sino con envidia, que el África empieza en los Pirineos.

Contémplese en buen hora el gallardo hecho de Oran como un golpe de mano venturoso; no escatimemos á ciertos críticos inflexibles el mérito de sus juicios *à posteriori;* siempre resultará innegable que entre tantas expediciones, ya inútiles, ya funestas, mandadas á unos puntos y á otros de África por los gobiernos de España y de Portugal, tan solo la de Cisneros se efectuó pronta, feliz, gloriosamente y á poca cos-

(1) *Historia de España* de D. Alberto Lista, tomo XXVIII de Segur, página 336.

ta (1). Siempre redundará en loor del célebre Cardenal que acometiese tamaño intento, sin mas recursos que los allegados por su diligencia; y se tendrá por maravilloso ver á un ejército indisciplinado, que se resistia á obedecerle como caudillo, á los mismos que mas le menospreciaban, cobrar súbito brio con sus voces y con su ejemplo, arrojarse á los enemigos, desbaratar su formidable hueste, y en breves horas apoderarse de una ciudad que hubiera costado en otro caso cruento y prolijo asedio.

Pues ya España consagra á tan ínclito varon un monumento imperecedero, no he menester esforzar con débiles razones su panegírico; empresa desempeñada además por las plumas de oro de nuestros Jovios. Ni trataré de imitar el paralelo en que le han puesto con Richelieu escritores sin duda mas aficionados á las bizarrías de la imaginacion que á la severidad del raciocinio (2). Pero reprobemos, Señores, ese escepticismo presuntuoso, que trata de esterilizar tambien el fecundo campo de la historia. Acomodando las diferentes épocas y civilizaciones al bello ideal de la actualidad, intenta penetrar en lo mas recóndito de la intencion y de la conciencia humanas, y se rebela incrédulo contra la virtud, por ser incapaz de abrigarla en su corazon. Así interpretará siniestramente el recto espíritu de Cisneros, calificando como astuta ambicion su retraimiento, y su modestia como hipocresía. Le motejará de altivo y tirano, porque empleó la incontrastable energía de su carácter en poner freno á la codicia y desmanes de las cla-

(1) Pudiera añadirse, en justificacion de este aserto, el largo catálogo de expediciones que partieron de las playas de la Península á las de África, despues de la toma de Oran; pero ofenderia con semejante recuerdo la ilustracion de mis lectores.

(2) El abate Richard (Trevoux, 1705, 12.°), M. Leonce de Lavergne, Prescott, Hefelé, en sus obras citadas, y otros.

ses privilegiadas, por haber sido celoso de sus derechos siempre que los demás se mostraban osados en el olvido de sus deberes. No es dable, sin embargo, imponer silencio á las generaciones que le aclamaron íntegro repúblico, reformista atrevido y sábio, político profundo y guerrero intrépido. Ellas nos explican cómo el órden y unidad que trataba de establecer en la administracion y la política, unidad que solo existia en la religion, le hicieron ser en Granada inexorable con los moriscos, en la corte determinado con los magnates, y donde quiera rígido y justiciero con los indóciles. Ellas, en suma, aplauden unánimes su sinceridad nunca desmentida, su desinterés y pobreza en los empleos mas elevados, el sacrificio que hizo á la patria de su retiro y de todas sus ilusiones, su entereza y austeridad en el cláustro y en el episcopado, en el desierto y en el gobierno, en el tribunal de la penitencia y en los supremos consejos de la corona. Así se prueba la verdad en el crisol imparcial del tiempo.

La justicia de Dios, ó nuestra desgracia, frustraron el porvenir mas grandioso que se ha ofrecido jamás á nacion alguna. Aspiracion era de todo un pueblo, empresa de un hombre solo; si una y otra se malograron, designios son de la Providencia. Bendigamos la mano que así nos hiere; mas rechacemos al propio tiempo injustas acusaciones. Niégase que fuésemos capaces de civilizar el Africa; con nuestra civilizacion, Señores, se honraron entonces Europa y el mundo todo. Afirmar que nuestro dominio en aquellos climas no hubiera ocasionado ventajas á la humanidad, es un error que harto deploran hoy nuestras antiguas colonias americanas (1).

Si un tiempo, tomando por dechado á los magnánimos es-

(1) M. Pelissier (*ubi supra*) dice que fueron inútiles los sacrificios de hombres y dinero hechos en Africa por España durante tres siglos, y que no hubiera

pañoles de aquellos siglos, vuelta la patria á su antiguo poder y esfuerzo, y unidos todos en vínculos fraternales, volviésemos las armas á las playas de Berbería, ennoblecidas con la sangre de nuestros abuelos, á las playas que á la sazon ambiciona ó puebla una potencia amiga, recordemos los agravios que aun recibimos de aquellas salvajes hordas; recordemos los altos pensamientos que llevó á Oran su insigne conquistador; y que su fe y vigoroso entusiasmo acaudillen nuestras banderas!

producido ventajas para la humanidad nuestra dominacion en Berbería.—Francia se halla á la sazon sometida á la misma prueba.

6 - bis



CONTESTACION

DEL

Excmo. Sr. D. ANTONIO BENAVIDES.

SEÑORES:

CUATRO años hace que en este mismo recinto, depósito de las tradiciones españolas, se presentó un estudioso escritor á recibir el laurel de la ciencia, digno premio á su infatigable constancia. Si la experiencia que dan los años no era prenda que adornaba al ilustre paladin de la república literaria, en cambio su indisputable mérito le habia hecho acreedor al apetecido galardon que le concedieron los jueces, declarándole con unánime voto vencedor en el combate. El que entonces fué mantenedor de la justa en el campo cerrado de la ciencia, viene hoy por sus propios merecimientos á ser juez en nuevas lides, y á acrecentar con el caudal de sus conocimientos el docto arsenal que posee la Academia. Modesto en aquel dia de triunfo, tan lisonjero como merecido; modesto hoy al pisar los umbrales del santuario de la Historia, sus trabajos literarios, de todos apreciados, son la mas firme garantía de su inteligente celo por las letras, y la mas segura prenda de su laboriosidad futura.

El que en tono grave y castizo lenguaje narró las glorias de Lepanto, narra hoy las glorias de Oran; el que ensalzó cual merecian el valor y la prez del invicto D. Juan de Austria,

ensalza hoy el valor, la dignidad y la política del gran Cisneros. Y una es la causa, y unos mismos los móviles que guian á estos varones de preclara fama, á llevar á acabada cima tan gigantescas hazañas. No es la historia, Señores, una série de hechos aislados, sin enlace ni cohesion; ni son tampoco tan variadas sus escenas, que cada una de las interpresas de los hombres tenga su índole distinta, su carácter especial y su intencion vaga y descosida. En la inmensa cadena de los acontecimientos humanos, la Providencia, por sus justísimos y sábios decretos, lleva como por la mano á los héroes, instrumentos de su inmenso poder, para dar comienzo y fin á las obras que se propone en la inmensa sabiduría de sus altísimos designios.

La moral de la historia, eterna como las leyes de la justicia de Dios, es una en todos los tiempos, todas las generaciones la confiesan, todos los hombres la acatan, y dando con su imponente fuerza la sancion penal á la conducta de los pueblos, así forma y eleva los imperios como los destruye y aniquila. Prueba evidente de esta doctrina son las ruinas magníficas que forman hoy el fondo precioso para el estudio de la arqueología. En el Oriente como en el Occidente hay por do quiera vestigios, no solo de pueblos destruidos por un volcan ó por otros accidentes naturales, sino de reinos dilatados, de colosales imperios, que obedeciendo á la ley providencial de que vamos hablando, perecieron despues de pasados los dias de su gloria, para hundirse en el abismo del olvido, y servir de leccion á la historia, como de escarmiento á las futuras generaciones.

¿Dónde están esos pueblos del Asia, que en épocas lejanas simbolizaron la civilizacion del orbe conocido, y estremecieron la tierra con el fragor de sus armas? Dónde el saber y los adelantamientos del pueblo egipcio? Dónde esas repúblicas,

terror un dia de los pueblos bárbaros, potentes por sus artes y ciencias, audaces y temerarias aun en los tiempos de su corrupcion y decaimiento? Dónde, por último, la señora de las gentes, con sus familias patricias, su senado de reyes y sus tribunos del pueblo?

La historia nos cuenta sus prodigios, sus vicisitudes, su grandeza, su decadencia, su ruina. Si bien la examinamos; si con el sentimiento que despiertan en nuestra mente tantas y tan repetidas desgracias, osamos levantar la vista hasta penetrar en las causas de tan grandes catástrofes, hallarémos, aun en medio de las prosperidades y grandezas de aquellos imperios, reinos ó repúblicas, un vicio corruptor, que minaba los fundamentos de su existencia, que debilitaba sus fuerzas vitales, que los conducia á la muerte.

El orgullo del hombre, ó emperador, ó rey, ó cónsul, ó tribuno; su inconcebible audacia, que remontando su vuelo en alas de su soberbia, ha querido siempre, ha intentado, unas veces con próspera, otras con adversa fortuna, y solamente confiado en los fueros de su débil razon, erigirse en tirano, dictador y árbitro del destino de los hombres; el exceso de la cultura, que, como la suma ignorancia, conduce á un fin siniestro, han sido, son y serán la causa de esos tristes ejemplos que la historia nos muestra en sus anales. En unos pueblos las guerras insensatas, en otros la falta de fe en los tratados, en algunos la moral corrompida de su religion, en muchos el ateismo, que seca los corazones y endurece las conciencias; en todos, el orgullo insensato, la ambicion sin límites, los rencores, las venganzas, acarrean los trastornos, los desórdenes y las revoluciones. ¡Triste suerte la de la humanidad, cuando ha perdido el norte de la fe religiosa y política, que conduce al puerto de la quietud y de la sabiduría, y pobres y miserables los pueblos que se sola-

zan al compás de los golpes que sacude el enemigo cuando se halla á las puertas de la fortaleza. Entonces, cuando el dedo de la Providencia señala la hora de la destruccion y el instante final, una mano invisible traza con caractéres de fuego, en medio de las delicias del mas suntuoso de los festines, su última y terrible sentencia; el macedon Alejandro invade y sojuzga la Grecia, los bárbaros caen sobre el imperio romano; y desde el rey de los ostrogodos Ermanarico, hasta el conquistador Atila, el *flagellum Dei* de la historia, no hay pueblo que no se conmueva, ni reino que no se rinda, ni imperio que no se derrumbe.

El mal como el bien no son eternos; del mismo exceso del mal nace el bien, y los pueblos, como el fénix, renacen de sus cenizas; el mismo fenómeno en todas épocas y en todos los pueblos. Si hay un vicio capital que poco á poco va minando las leyes de la existencia de una civilizacion, tambien hay á la vez un principio germinador, vital, de fuerza y de virtud irresistibles, y cobrando vigor con los tiempos, trasforma la sociedad, que convalece de las dolencias pasadas, adquiere la robustez propia de la juventud, y emprende la nueva carrera hasta llegar á cumplir, no sin glorias ni peligros, los destinos providenciales á que está sujeta. Pero no creais, Señores, que es dado á los profanos el predecir estas catástrofes ni adivinar el remedio. De largo tiempo preparadas, un dia basta á serenar el turbadísimo horizonte, y un hombre solo es èl que obra tan grande prodigio; consultad la historia, y veréis que la civilizacion se personifica de tiempo en tiempo, de mil en mil años, por decirlo así, toma las formas robustas de un gigante, atraviesa abismos profundos, salva la humanidad de su ruina; este hombre, este gigante, este remedio heróico, aparece en los campos de la historia, despues de prolongadas guerras civiles, despues del asen-

tamiento de pueblos nuevos y bárbaros, despues de sangrientas revoluciones; su orígen es desconocido, su carrera es gloriosa, sus empresas heróicas; y guiado por la mano de Dios, es fácil para él lo que es imposible para todos; resuelve todos los problemas y todas las cuestiones de jurisprudencia, de filosofía, de política; es conquistador y es legislador; las naciones se postran á sus plantas, las gentes lo aclaman como á salvador, y la lisonja y la supersticion le llaman profeta ó semidios. Este hombre es el mismo, y se llama unas veces César, otras Carlo-Magno y otras Napoleon.

No bajo los auspicios de nombres tan sonoros; con nombres mas modestos, aunque muy ilustres, y con magníficos resultados para todos los ámbitos de la monarquía española, tuvieron lugar á fines del siglo XV acontecimientos de alta trascendencia, que, formando de reinos distintos, debilitados por las discordias civiles, una gran monarquía, echaron los sólidos fundamentos de la pública prosperidad, engrandecieron el territorio con gloriosas conquistas, y elevaron el nombre español á inmensurable altura. Ya lo habeis oido: el insigne escritor al cual tengo la honra de contestar, lo ha dicho con la elocuente sencillez que tanto recomiendan sus obras. ¿A quién se debieron tantos prodigios? A quién llevar á cabo empresas tan difíciles? ¿Quién pudo, confiando solo en Dios y en su buena fortuna, ceñirse la corona mas preciada de la Europa, y hacerse la señora de un nuevo mundo? Todos los que me escuchan han nombrado al héroe, y su nombre no ha salido todavía de mis labios. La grande Isabel, la que igualó en prudencia y valor á todas las mujeres antiguas, y las superó en virtud y amor á su patria. Y ¿cómo, al hablar del gran Cisneros, no habia de presentarse la primera, entre aquella pléyada de hombres ilustres, la Reina Católica, que á todos animaba con su valor, que á todos dirigia con su

talento y á todos entusiasmaba con su magnánimo corazon.

Triste enseñanza, largo período de dolorosos ejemplos registró la historia en sus anales en los tiempos de Enrique IV. Bien lo sabeis: ni habia magnate que no alimentase la mas desenfrenada ambicion, ni medio ni arte que no pusiese en planta, por ilegítimo y criminal que fuese. Los príncipes de la Iglesia cuidaban, entregados á cosas profanas, mas de sus medros que de su rebaño. Cuestiones de un género especial, que no son para referidas, menoscababan el crédito de la majestad real, el pueblo descontento y un tanto alborotado, la gente mora muy sobre sí y esperando duradera existencia en las partes meridionales, donde tenia asentada su dominacion, y por todas partes fraudes, robos, saqueos, incendios, perturbaciones y ruinas. Largo de enumerar seria el catálogo de documentos de aquella tristísima época, en los cuales se pintan con los mas naturales colores los males sin cuento que aquejaban al reino; «los embajadores de Cárlos de Borgoña exhortaban al Rey á considerar *cuántos excesos se cometian en sus reinos, cuánto menosprecio habia de la justicia, cuántos robos se hacian del patrimonio real, cuánta licencia tenian los malhechores. Y que esto era tan notorio á todo el mundo, que todos se dolian de ver á Castilla que así habia caido de su gloria antigua.*» En la amonestacion que los grandes y muchos obispos, con irreverente audacia, hicieron al Rey, y enviaron de ella traslado al Papa, se hacia mencion *de la estirpe fingida por el Monarca, á la cual queria dar la sucesion de los reinos, la maldad de sus costumbres, el menosprecio de la religion cristiana, el amor que á los moros tenia, el quebrantamiento de las leyes, la alteracion de la moneda, el no oir los querellantes, la general licencia que á los crímenes y pecados daba, la disolucion de la disciplina militar, la persecucion de las iglesias, la toma de las doncellas, la aprobacion de los maleficios, el ódio que*

á los buenos habia, *la fe que daba á los adevinos*, y otras cosas, que refiere con su puntualidad acostumbrada el fiel cronista Alonso de Palencia. Paulo II, que á la sazon ocupaba la silla de S. Pedro, amonestaba al Rey, diciéndole, con menos caridad que á su apostólica condicion convenia, y con atrevimiento impropio del que hablaba á un soberano independiente: *haber personas en vuestro palacio e cerca de vuestra persona infieles enemigos de nuestra santa fe católica, en especial que creyen e afirman que otro mundo no hay, sino nacer e morir bestias, e por consiguiente la abominacion y corrupcion de los pecados abominables, dignos de no ser nombrados, que corrompen los aires e desfacen la naturaleza humana, e otros muchos pecados: sus justicias e tiranías son aumentadas en tiempo de vuestra señoría cuales no fueron en los tiempos pasados; pero lo que al presente requiere muy acelerado remedio, es la opresion de vuestra real persona en poder del conde de Ledesma, pues parece que vuestra señoría no es señor de sí, ni atiende á lo que la razon natural vos enseña; el cual no temiendo á Dios, ni mirando las grandes mercedes que de vuestra alteza recibió, ha deshonrado vuestra persona y casa real, ocupando las cosas solamente á vuestra alteza debidas.* Las cosas, llegadas á este punto, en que naturales y extraños hablaban con imponente descaro; humillado el Rey, alzados los grandes, lanzando el Papa amonestaciones, que mas bien eran fulminantes anatemas, era claro que la nube, preñada de fuerte vendaval, descargaria bien pronto sobre la infeliz Castilla. No tardó mucho en verificarse tan funesto acontecimiento; que no en balde se habla con menosprecio de la persona del Monarca, y no en vano ocupa la atmósfera el viento que trae las revoluciones. Entre Cabezon y Cigales celebróse un concierto, al cual suscribió el infeliz Enrique, sujetándose, cual lo exigieron los malcontentos, á la sentencia de jueces árbitros nombrados por ambas partes.

El que de esta suerte abdicaba la corona, indigno era de llevarla; diadema tan preciada, que habia ornado las sienes de Alfonso VI, de S. Fernando, de Alfonso X, de Sancho el Bravo y de Alfonso XI, cayó de su inmensa altura, en 1465, en Avila, y rodó por el suelo con mofa y escarnio de las gentes, dando principio á una guerra, no terminada hasta que los reinos de Castilla, unidos con el Aragon bajo el imperio de los Reyes Católicos, lanzaron á las costas africanas á los mahometanos, despues de la mas seguida y constante guerra y mas perseverante política de que hablan las historias.

Los grandes acontecimientos que en los momentos solemnes por que pasan los reinos tienen lugar en dias de zozobras y de inquietudes, vienen acompañados siempre de unos mismos síntomas, y su desenlace en todos es igual ó sumamente parecido. Ni Augusto, ni Carlo Magno, ni el santo Rey, ni Alfonso el X, al dar el primero la paz al mundo, los dos últimos al dar un gran paso en la union de las coronas castellanas y al echar los cimientos de la nueva legislacion, llevaron á cabo su propósito solos y aislados; á obras de tal tamaño concurrieron gran número de hombres eminentes, honor de su siglo, acrisolados por su valor, célebres por su ciencia, dignos, en fin, del lauro con que las generaciones posteriores han aplaudido su memoria. De la misma suerte al lado de los Reyes Católicos florecieron insignes varones, cuya excelencia en todos los ramos del saber humano es reconocida por los escritores contemporáneos y ensalzada con justísima razon hasta nuestros dias. Admiran los jurisconsultos en los tiempos actuales la suma laboriosidad y la crítica segura de los doctores Montalvo y Galindez. Los aficionados á los estudios históricos, la exquisita diligencia, el delicado pincel, la elocuencia de Bernaldez, Pulgar, Gonzalo Fernandez de Oviedo, Diego de Valera y Diego de Almela. Y ¿quién aven-

tajó en las letras humanas á Lebrija, Alonso de Palencia, Rodrigo Santaella y Juan de la Encina? Y ¿qué diré, Señores, de la virtud, ciencia y santidad de Hernando de Talavera, de quien decia Marineo que la ciencia igualaba á la sabiduría; del comendador de Hornachos, ayo de uno de los príncipes mas cumplidos, fresca y lozana flor, agostada y perdida en los primeros albores de la juventud; del valeroso y prudente capitan Fr. Nicolás Ovando, capitan general de las Indias y fundador de Santo Domingo en la Española? Y ¿qué de tantos y tan preclaros capitanes, unos de egrégia progenie, otros cuyos inmarcesibles laureles abrieron las puertas del templo de la fama, y orígen y fundamento de casas ilustres hoy, que robustecieron el antiguo patriciado castellano, conquistando en una campaña, y á veces en un dia, un claro nombre, y eclipsando las glorias de esclarecidos y antiguos linajes? El marqués de Cádiz conquista Alhama, el de Tarifa añade á sus proezas los conocimientos adquiridos en largos viajes, D. Sancho de Castilla defiende la plazá de Salsas contra todo el poder del francés, el marqués de los Velez, ilustre en letras, pelea contra el de los moros, mientras el heredero de la casa de Alba muere gloriosamente en la jornada tristemente célebre de los Gelves. Eclipsa á todos por su ardimiento heróico, por sus hechos fabulosos y por ser el renombrado caudillo que ilustró el arte militar hasta un punto entonces desconocido en la Europa, Gonzalo Fernandez de Córdoba, el Gran Capitan, espejo de caballeros, prez de España, esplendor de su siglo. Y ¿cómo no mentar en esta corte de tan cumplidos caballeros, en esta generacion gloriosa de tantos héroes y de tantos sábios, aquel á quien la posteridad ha colocado en el mas honrado y alto lugar, al insigne Cristóbal Colon, al genovés oscuro y modesto, al qué las gentes tenian por loco solo porque alcanzaba su entendimiento lo que el de todos los demás

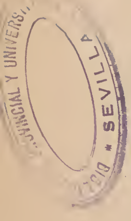
no alcanzaba, porque hablaba de cosas que nadie entendia, y de países que persona humana habia siquiera adivinado? Bajo tan felices auspicios, con elementos tan poderosos, guiados por una reina de tan eminentes cualidades, adalides tan valientes, políticos tan consumados, varones tan sábios, despertó España de su letargo; á la traicion sucedió la lealtad, á la cobardía el valor, el órden á la turbacion, la sabiduría á la ignorancia; los vestigios de las pasadas guerras desaparecieron; el porvenir de los pueblos castellanos, grande, lisonjero, magnífico, aparecia en lontananza; y el pabellon español, el lábaro de Constantino, radiante y ondeando sobre las cimas del Chimborazo, fué saludado por mil pueblos y naciones diversas, de castas opuestas, de colores varios, de costumbres desconocidas.

Y ¿quién era, Señores, el ministro mas preciado de la gran Reina, su consejero en aquella época de verdaderos prodigios, en los dias gloriosos que, ofreciendo á la vista de los contemporáneos tan prontos y magníficos resultados, han dejado á la posteridad un tan cuantioso legado de admiracion y de respeto? Un pobre religioso franciscano, á quien Dios, por sus inescrutables juicios, hizo salir de la austeridad de la vida contemplativa para fundar un grande imperio, y guiarlo por derecha via al puerto de salvacion y de ventura. En el corazon de tan insigne varon se anidaban la fe, que salva, la perseverancia, que fortalece, y la razon, que ilustra. Poseia la fe de S. Pablo y la ciencia de S. Agustin, las virtudes de un santo, el valor de un guerrero y la razon y prudencia de un hombre de estado. Pobre, desvalido, habia visitado la ciudad eterna, y admirado en ella las grandezas de nuestra religion; y de allí volvió á su patria, consolado en sus aflicciones, mas firme que antes en sus creencias, y con la gratitud en su corazon, sin que sus labios deja-

sen de proferir bendiciones al Pontífice, que tan bien habia sabido interpretar sus generosos sentimientos. En su patria le esperaban la persecucion y la pobreza, que sufrió con resignacion evangélica, sin el orgullo, que desvanece y anula las mas grandes dotes del entendimiento, pero tambien sin la bajeza, que humilla. Sus virtudes y su mérito le elevaron á las mas altas dignidades de la Iglesia y del Estado, y fué director espiritual de la Reina, y arzobispo de Toledo, y cardenal, y ministro, y gobernador de los reinos, y habló y trató con los reyes y los príncipes, y su voz fué oida, y sus consejos adoptados, y en medio de tanta grandeza, ni el eco de la lisonja perturbó su clara razon, ni la púrpura de que se hallaba revestido deslumbró su vista, ni la fortuna, que favoreció sus proyectos, perjudicó su modestia. Escasas sus necesidades, grande su espíritu, no fundó pingües mayorazgos para su familia; y lo que á su persona y modesto vivir regateaba, consumíalo, no en objetos de vanidad póstuma, estériles y sin recompensa, sino en magníficas empresas, imperecederas por su utilidad, grandes por su fin, y de eterno renombre en nuestros anales. Campea entre todas la conquista de Oran, que, con sus propios recursos, con perseverancia singular y con valor heróico, venciendo siempre increibles obstáculos, llevó á felice cima aquel venerable arzobispo. A examinar bajo todos aspectos este fausto acontecimiento, brillante página de la historia nacional, va encaminado el discurso del Sr. D. Cayetano Rosell, que ha cautivado la atencion de esta respetable corporacion y la del auditorio que nos escucha. ¿Podré yo conseguir, siquiera por breves instantes, la misma atencion? Gran confianza tengo en vuestra benevolencia. Supla ella la cortedad de mi poco ingenio.

Señores: Al llevar nuestras armas al África, despues de lanzados tan mortales enemigos como eran los mahometanos á

aquellas inhospitalarias playas, ¿qué política era la del gran Cardenal? Qué objeto tenia al conducir sus numerosas huestes? Qué sentimientos abrigaba su corazon? ¿Era tal la saña de los cristianos contra los moros, que, no contentos los primeros con una guerra de siete siglos, pretendian prolongarla indefinidamente, buscando á los segundos hasta en sus tierras, destruyendo sus hogares, y de proyecto en proyecto, á cual mas belicoso, continuar exterminando la raza y acabar de una vez con el poderoso imperio de los turcos, á la sazon verdadero gigante de la Europa, que amagaba tan pronto herir el corazon de la cristiandad atravesando el Danubio como el Mediterráneo, y siempre con perfidia, y siempre con artes dañosas, y siempre con desdoro de las potencias católicas del mundo civilizado? Ardua era esta empresa, difícil y peligrosa, pero noble y atrevida. En mas de una ocasion el gran Cisneros concibió el pensamiento de llevar la guerra santa á Oriente, renovando en el siglo XVI el ejemplo que dieron los papas en el XI y XII; pero estos buenos deseos quedaron sin comienzo de ejecucion. No eran unas las circunstancias en tiempos tan apartados; la España sola era impotente para tan colosal hazaña; y por la Europa corria ya el viento de las revoluciones, que amenazando tempestades, llenaron de luto y de sangre los ámbitos del mundo. No tardó mucho en que el rayo disparado desde un convento y por un fraile oscuro prendiese en los combustibles hacinados, y formando terrible hoguera, sus fuegos alumbraron á la Europa por el largo espacio de un siglo. Pero la fe de aquel santo varon, abandonada ya la primera intencion por imposible y temeraria, le hizo fijar la vista en las playas africanas, contrapuestas á las nuestras, sin que hubiese mas obstáculo que allanar para la comunicacion de ambos reinos que el paso del mar Mediterráneo, de fácil y corta travesía.



Aquella tierra adonde la piedad de S. Luis le llevó á exhalar el último aliento, aquella tierra que habia oido la palabra de S. Cipriano y de S. Agustin, que habia ocupado la activa política de los romanos; aquella tierra de tan ventajosas condiciones para la civilizacion, como causadora de tantos males para la Europa, y sobre todo para el nombre de Cristo, debia fijar la atencion del obispo, del guerrero y del hombre de estado. La fe, aunque muy viva, el sentimiento religioso, aunque profundamente arraigado en el corazon de Cisneros, no fueron los únicos móviles, ni fueron tampoco los únicos resultados que el venerable Arzobispo se propuso, al llevar nuestras armas, vencedoras ya en Italia, á conquistar nuevos laureles en el África. Política profunda, constantemente seguida por todos los pueblos, es la de impedir al enemigo el desarrollo de sus fuerzas, es la de llevar la guerra al país de donde se teme. Los reinos de Castilla y de Aragon estaban completamente libres de enemigos; las capitulaciones de Granada habian concluido con el poder mahometano; pero dentro de las ciudades, en los campos, y albergados en lo mas escabroso de los montes, residia un pueblo vencido, que conservaba con feroz entusiasmo sus primitivas creencias, y que al ódio á los españoles, á la aversion que profesaba al cristiano unia ahora el despecho de la derrota, lo inmensurable de la desgracia cuando es eterna. Los deseos eran comunes, las tramas diarias, las inteligencias continuas entre los moros de la costa y los de África; andando el tiempo, los mismos acontecimientos acreditaron cuán en peligro habia estado la conquista de los Reyes Católicos, y cómo los extranjeros, y aun los naturales que andaban por causas ocasionales en deservicio del Rey, tomando por instrumento á los moriscos, amenazaban la tranquilidad de los reinos. Aislar á aquellos en las comarcas que ocupaban, quitándoles toda comunicacion con las

partes del África, evitar de este modo que llegasen auxilios y consejos, poblar de gente española toda aquella region, fundar establecimientos marítimos y comerciales, era la política mas humana, mas prudente, mas fecunda, que podia abrigar el pensamiento de un hombre previsor.

En esta nuestra edad, en la que tanta experiencia hemos alcanzado los que en ella vivimos, no podemos menos de admirar la política de nuestros mayores, considerando cuán ventajosas consecuencias, qué resultados tan magníficos hubiéramos tocado si todos los que han empuñado el gobernalle de la nave, unos con próspera, otros con adversa fortuna, hubieran llevado á cabo con la perseverancia que esta clase de empresas demanda, política tan acertada, y en la que estaba encerrado el porvenir de un grande imperio y de tantas y tan satisfactorias consecuencias. La sangre española, derramada á torrentes en Italia y en Flándes, tal vez se hubiera ahorrado en su mayor parte, y cuando no, tan costoso sacrificio hubiera encontrado satisfaccion cumplida con la conquista de la parte septentrional del África. Nuestro territorio hubiera tenido glorioso ensanche, merced á ricas y florecientes colonias, fáciles de fundar, y mas fáciles todavía de conservar; las bárbaras correrías de los corsarios berberiscos no hubieran costado tantas lágrimas ni tanta deshonra á la Europa; nuestra santa religion, ensanchando los límites de la civilizacion moderna y suavizando las costumbres de pueblos bárbaros, hubiera hecho de dos partes del mundo una, con hábitos, costumbres y tendencias conformes. Entonces, una medida de gobierno, quizás necesaria, pero muy dolorosa, se hubiera evitado con gran provecho de la poblacion, de las artes y de la industria de los reinos. Lepanto, la gloria de D. Juan de Austria, el triunfo señalado de las armas cristianas, que hundió el pabellon musulman en lo mas hondo de

los mares del Adriático, y desde cuyo instante comienza la decadencia visible del imperio turco, hubiera tenido grandes y muy provechosos resultados. ¿Quién sabe, Señores, hasta qué punto hubiera sido fecunda aquella política, qué de bienes, qué de felicidades no hubiera alcanzado la noble gente ibera, cuyo deseo de gloria en aquel entonces era insaciable, cuyas hazañas fueron fabulosas, y son hoy admiracion del mundo? Nosotros dimos los primeros pasos; la política española desde muy remota época indicó á la Europa el camino que debia seguir. Por desgracia, olvidando la razon de estado de los hombres mas ilustres, mas atinados, mas prudentes del reinado de los Reyes Católicos, perdimos el derrotero, y empeñados en conquistas lejanas, aunque muy populares por lo increibles y maravillosas, y en mantener la dominacion de reinos y pueblos europeos, enclavados en territorios ajenos, vimos desaparecer toda nuestra grandeza, y cuando, al cabo de dos siglos, los países, ó conquistados ó heredados, recobraron su independencia, la España era un yermo; no quedó en tan grande desolacion mas que la memoria de lo que fué, y solo ella bastó todavía para inspirar respeto y temor á los enemigos.

Señores, este deseo de invadir el África, esta intencion de conquistar países tan dilatados, se remonta á tiempos muy lejanos en nuestra historia. Es verdad que entonces, ni mucho despues, pensamiento tan útil á la par que grande y honroso fué explicado ni comentado, ni, como ahora decimos, formulado; pero existia en la mente de los que lo intentaban y en la conciencia de todos. Sucedia con esto lo que con las ciencias, que existen antes que la fórmula por la cual se comprenden y se enseñan. Homero, el gran poeta, existió antes que Aristóteles, y los oradores griegos y romanos no necesitaron de las reglas de Quintiliano para conmover con sus

arengas al Areópago y al Senado, y de política no se escribió sino mucho tiempo despues que los pueblos se regian por usos, costumbres y leyes. El arte y el estudio clasifican, ordenan, determinan, aclaran, pero no crean; esto solo es dado al poder de Dios.

En los gloriosos tiempos del santo rey D. Fernando creian muchos como cosa hacedera y aun fácil cortar la retirada á los moros de la Andalucía, conquistando el litoral de África. Y no es extraño que el santo Rey abrigase con cariño una idea que á sus ojos se presentaba como el límite natural de sus empresas y la deseada esperanza de todos los españoles. Lanzado desde el principio de su reinado en el camino de las conquistas, desde Cuenca habia ido paso á paso y sin interrupcion, ya dirigiéndose á levante, ya tomando la via del poniente, astragando comarcas, rindiendo ciudades, destruyendo fortalezas, guarneciendo presidios, hasta llegar bajo los muros de la ciudad de Granada. El santo Rey oyó el último gemido de la reina de las ciudades árabes de Andalucía, de la rival de la Meca, de la capital del imperio de Abderraman, y tomando antes las fortísimas torres de Jaen, Ubeda y Baeza, le abrian las puertas, y el adelantamiento de Cazorla, frontera de los moros, se quedaba muy tierra adentro de los cristianos; y por último, enderezando su camino derecho á la populosa Sevilla, cambiaba en lo alto de sus ricos minaretes la media luna por la cruz de Cristo. La fe le animaba, la fortuna le sonreia, la esperanza aliviaba el peso de sus cuidados y trabajos; pero la muerte vino á interrumpir sus triunfos y á dejar olvidados sus proyectos. No lo fueron tanto, sin embargo, que muy á los principios del reinado su hijo y sucesor D. Alonso el X no tratara de ponerlos en ejecucion. Para llevarlos á cabo con toda seguridad renovó la antigua alianza con el rey moro de Granada, y la estableció

con algunos príncipes infieles de los que dominaban en el África. Preparado ya para la empresa, dió cuenta al pontífice Inocencio IV, suplicándole aprobase la confederacion que pretendia ajustar con los moros, para evitar, segun dice Mondéjar, el recelo ó escrúpulo que raras veces dejan de producir semejantes alianzas entre infieles y católicos. El sumo Pontífice oyó benévolo las preces del Rey, y en un breve, dirigido al mismo Príncipe, le prometió confirmar las alianzas que habia hecho con los moros, pues eran para mayor gloria de Dios y honra de su Iglesia; y en el mismo dia ordenó á los obispos de Cartagena y Zamora enviasen en socorro del Rey, que estaba para ir contra los moros de África, varones religiosos para que administrasen los sacramentos, y clérigos que siguiesen sus ejércitos, pues que se trataba nada menos que de ensanchar los límites del imperio cristiano y adquirir nuevos súbditos á la Iglesia. Y por otro breve, dirigido á los mismos obispos, les encargó que si hubiese logreros ú otros que se hubiesen apoderado de hacienda ajena, y arrepentidos, deseasen volver á la gracia divina, y no pareciesen los dueños á quienes se habia de restituir, diesen facultad á los sacerdotes que señalase el Rey, para que pudiesen aplicar aquellos mismos bienes á gastos y salarios de aquella sagrada expedicion.

Confiado ya el Rey con los breves de Su Santidad, aprestóse para el viaje, y mandó labrar, antes de hacer otros preparativos, en la ciudad de Sevilla una suntuosa atarazana, admirable por su arte, para asegurar en ella las galeras y navíos de las tempestades y vientos del Austro, que infestaban aquellos parajes de continuo.

La guerra que movió contra Portugal, pidiéndole la restitucion de las plazas del Algarbe, de que le habia hecho donacion el rey D. Sancho Capelo, suspendió la ejecucion de tan

santo propósito. Pero los aprestos seguian, los puertos de Vizcaya daban claro indicio de que no estaba olvidado el pensamiento del santo Rey, y si otro testimonio no hubiese, el breve de Su Santidad, despachado en Perusa á 4 de los idus de enero, año x de su pontificado, nos sacaria de toda duda. Oderico Rainaldo con este motivo dice : *Apresuraba en España Alfonso, rey de Castilla y de Leon, la expedicion en África, que tenia premeditada su padre Fernando, habiendo mandado prevenir algunos años antes una armada en las costas de Vizcaya.* A los piadosos deseos del Rey correspondió el Pontífice, mandando á los superiores de la órden de los predicadores y de la de los menores del reino de Castilla, exhortasen por sí mismos ó por medio de sus mas virtuosos y elocuentes religiosos á los pueblos á que siguiesen las banderas de la cruz, prometiendo de parte de Dios á los que fuesen á esta empresa, ó contribuyesen á ella con su hacienda, el perdon de sus pecados. El mismo Pontífice expidió otro breve, dirigido á los superiores de las religiones de Santo Domingo y San Francisco del reino de Navarra, para que procurasen conmover los ánimos de los naturales, y prosigue Oderico Rainaldo : *Como en esta expedicion se interesase la causa de Cristo, juzgó su vicario serian muy bien empleadas en ella las riquezas de la Iglesia; y así, dió licencia se contribuyese para esto al rey D. Alonso, por tres años, con la tercera parte de las rentas decimales, destinada para la fábrica y reparacion de las iglesias. Y porque en el arzobispado de Compostela no era estilo dejar cosa alguna de los diezmos para la fábrica, mandó que de las demás rentas de las iglesias se cobrase la misma cantidad, y se entregase al Rey para los gastos de aquella guerra.*

No contento con esto el piadosísimo Inocencio, mandó publicar la cruzada, segun costumbre habida desde las guerras de Oriente, y por lo dispuesto en el concilio Luddunense, al

que asistió el papa Urbano II. En otro breve, despachado en Añani á principios de agosto, dice el mismo Inocencio: *Respecto de haber mandado predicar en España la cruzada contra los moros de Africa, tomamos debajo de la proteccion de S. Pedro y la nuestra las personas y haciendas de los cruzados que pasasen á aquellas partes con nuestro carísimo hijo en Cristo, el ilustre rey de Castilla y de Leon, ó con su lugarteniente, mandando que hasta que se tenga noticia cierta de su muerte ó de haberse venido, no se les inquiete en cosa alguna, y permanezcan debajo del amparo de los arzobispos, obispos y demás prelados de la Iglesia.* Tan santa intencion, tan buenos deseos, quedaron otra vez paralizados por la desavenencia que acaeció entre el rey D. Alonso X y su suegro, D. Jaime de Aragon.

Muerto el papa Inocencio IV, y electo catorce dias despues Alejandro IV á fines del año de 1254, no habian transcurrido seis meses desde su elevacion á la silla de S. Pedro, cuando expidió un breve, que lleva la fecha del 12 de mayo siguiente, dirigido á D. Lope, obispo de Marruecos *in-partibus*, en el cual se lee: *Nuestro carísimo hijo en Cristo, el ilustre rey de Castilla, celador de la fe católica y del pueblo cristiano, pretende pasar personalmente ó por medio de su lugarteniente, y con copioso número de gente de guerra, segun por parte suya nos ha sido insinuado, contra los moros de África, enemigos de la cruz de Cristo y del nombre cristiano. Y porque para semejante empresa le será de gran provecho el socorro de los fieles de Cristo, concedemos á su paternidad, en virtud de las presentes, libre facultad de predicar en España y en Gascuña la exaltacion de la cruz, ya por sí mismo ó por medio de otros varones idóneos, y el perdon de los pecados, que se concede por el concilio general á los que dan socorro y ayuda á la Tierra Santa.* Proyecto pensado con tanta madurez no pudo llevarse á cabo por las complicaciones gravísimas que ocurrieron en el reino. La casa de Lara, uno de

los cuatro solares mas antiguos de Castilla, pujante en armas y en vasallos, rica con los despojos de las guerras, y todavía mas con la munificencia de los soberanos, con menos patriotismo que á lo noble de su alcurnia correspondia, y con mas ambicion que patriotismo, encendió la hoguera de la guerra civil, de larga duracion y de consecuencias deplorables. Apenas mal apagado este fuego, encendióse otro, consecuencia del mismo, y fueron causa y parte muy principal los mismos hijos del Rey, con lo cual alterado el reino y dividido en parcialidades, apenas quedó tiempo para pensar en otra cosa que en apaciguarlas.

Vivo tambien el pensamiento de los reyes de la casa de Aragon en la conquista de África, en los tiempos de D. Jaime el Primero se vislumbran ya tan religiosos como políticos proyectos. Reunidas las Cortes en el antiguo palacio de los condes de Barcelona, por mandamiento expreso del Monarca, trataron de la conquista de Mallorca. En aquella reunion se expusieron por causas legítimas para emprender la expedicion, que al fin fué coronada con el éxito mas venturoso, no solo las que movian entonces á todo fiel cristiano á pelear contra los moros, sino tambien las que precavian males y daños futuros, las que regularizaban la guerra, haciéndola menos duradera, asegurando al mismo tiempo los países conquistados. Están situadas las islas Baleares en el mar Mediterráneo, entre África y España; llave, por decirlo así, de uno y otro continente. El dueño de tan favorable posicion puede con facilidad penetrar en África y defender el litoral de España, y esto decian y á esto encaminaban sus miras los ricos hombres, los barones y prelados aragoneses, al aconsejar al Rey la conquista de Mallorca.

Las continuas desavenencias entre los reyezuelos de África, seguidas siempre de guerras y desposeimientos, cobraron mu-

cha fuerza en los tiempos del gran rey D. Pedro de Aragon. No solo peleaban entre sí los distintos linajes, sino que tambien los individuos de una misma familia se entretenian en asolar los campos, quemar los panes, entrar á saco las ciudades, rendir fortalezas, y por último, usurpar unos á otros las coronas. Uno de estos exíguos monarcas, que lo era de Constantina, acosado por el usurpador de Túnez, que habia quitado el cetro y la vida á su legítimo poseedor, envió mensajeros secretamente al rey de Aragon, ofreciéndole entregar á Constantina si le socorria con ochocientos caballos y diez mil peones, desembarcando en Alcoll, á diez leguas de su corte. Acogió el rey D. Pedro los mensajeros con muestras señaladas de gran contentamiento, y haciendo de pronto sus preparativos, el tiempo le parecia corto para el embarque de sus bien dispuestas huestes. Allegó gente valiente y endurecida en la fatiga y hecha á la guerra, y no eran los menos valerosos los almugárabes y adalides de la frontera de Valencia y Murcia, y los golfines que estaban en el puerto del Muradal. Llegó el Rey con su ejército á Alcoll; diera la noticia de su llegada una saetía despachada con tiempo por el almojarife de Menorca, con lo cual quedó en parte frustrada la intencion del Rey. Y como las cosas habian cambiado de aspecto en aquella parte del África, como Constantina estuviese ya en poder del enemigo, como el Rey á quien iban á favorecer, desposeido y muerto alevosamente, no pudo D. Pedro completar su obra, dado que bien mostró su intencion. No se dió por vencido, sin embargo. Desembarcó sus tropas, fortificó aquel lugar de la costa, desafió todo el poder de los tunecinos, venciólos en varios encuentros, en los cuales el conde de Pallars y otros caudillos tuvieron ocasion de mostrar su generoso ardimiento.

Como la fortuna parecia sonreir al monarca aragonés, no

pensó en la retirada; antes al contrario, su osadía llegó á punto de creer fácil la conquista de toda la Berbería. Envió con tal motivo sus embajadores al Papa, pidiéndole socorro y ayuda, por ser el asunto grave, mucha la utilidad que la cristiandad reportaba, y poca la gente para tan vasto plan. Era sucesor de S. Pedro á la sazon el papa Martino IV, francés de nacion, cardenal de Santa Sicilia, y antes Simon del Torso. En mala coyuntura llegaron los embajadores. Recibiólos con cortesía el Pontífice, pero de todo punto desahuciados en cuanto al acorro que pedian; y la cosa, sin embargo, era muy natural. Por aquel tiempo habia ocurrido en Sicilia el levantamiento, tan sangriento, como conocido en la historia con el nombre de Vísperas Sicilianas, y verificado á causa del ódio que los naturales tenian á los franceses y á su rey Cárlos. Profesaba á este grande amistad el Pontífice, el cual miraba con prevencion á la casa de Aragon, con lo que los embajadores se retiraron muy despagados, y acompañados de otros embajadores sicilianos, que fueron al África á ofrecer á D. Pedro la corona de aquella isla. Aceptóla el Rey, reembarcó sus huestes henchidas de botin y no escasas de gloria, no sin haber hecho tributario al rey de Túnez, que se dió por muy servido con ver partir de sus tierras á aquellos incómodos huéspedes.

Y ¿á qué, Señores, aglomerar mas citas y mas hechos de esta misma índole, ó parecida? El rey D. Alfonso el XI ¿no conquistó las Algeciras con miras políticas al propio tiempo que religiosas? D. Alonso V de Aragon ¿no adoptó el pensamiento de D. Pedro, y fué al África y desbarató los moros en varios encuentros, y por esto, y por las altas prendas que le adornaron, mereció los aplausos de la historia y de la poesía? En los tiempos del célebre marqués de Santillana era popular la opinion de la conquista y ocupacion de parte del

África; hombre tan eminente cantó las glorias del monarca aragonés, diciendo en la comedieta de *Ponza* :

Este la su espada ha fecho sentir
Al grand africano con tanta virtut,
Que los piés equinos le fueron salut,
Dejando los litos, fuyendo el morir.

Y al final de la misma obra, cuando el poeta predice los altos destinos que aguardan á la raza de los reyes de Castilla, exclama la fortuna:

Ca non solamente serán delibrados
E restituidos en sus señorías,
Mas grandes imperios les son añadidos,
Regiones, provincias, ca todas son mias;
E de este linaje infinitos dias
Verná quien posea grand parte del mundo;
Avet buen esfuerzo, que en esto me fundo,
E cesen los plantos é las elegías.

Los cuales, demás de toda España,
Habrán por heredo diversas partidas
Del orbe terreno, é por grand fazaña
Serán en el mundo sus obras habidas;
Al su yugo é mando vernán sometidas
Las gentes do beben del flúmen Jordan,
D'Eufrates, del Gánges, del Nilo serán
Vencientes sus señas, é nunca vencidas.

Existia de muy antiguo la opinion de que á los cristianos convenia extender su imperio mas allá del mar Mediterráneo; allí estaba la gloria, allí el porvenir de España. Las guerras interiores, y por decirlo así domésticas, impidieron que príncipes ilustrados y religiosos llevaran á cabo tan feliz pensamiento; y si á principios del siglo XVI cobró nuevos brios, y un éxito feliz coronó el comienzo de la empresa, debido fué á la completa trasformacion que habian sufrido los reinos, hasta entonces oprimidos con desgracias, desgarrados por discordias, y humillados por los vicios, ambiciones y rencores de sus príncipes y magnates. ¿Qué no habian de alcanzar, hasta

dónde no habian de llegar con sus aspiraciones y con su conducta los hombres que rodearon el trono de los Reyes Católicos? Ellos poseian en grado heróico dos sentimientos profundos : la religion y la Monarquía. En su creencia no cabian ni metafísicas sutilezas, ni en su conducta culpables contradicciones. Creian que con tales elementos se salvan las sociedades, y que con ellos salvarian la asendereada nacion española. Si sus hazañas fueron fabulosas, si su valor temerario, si su abnegacion y patriotismo sinceros é indudables, debido era á la fe que abrigaban sus corazones, al respeto y veneracion con que miraron siempre en un pueblo eminentemente católico la religion de sus mayores y la institucion secular de la monarquía. Todo, Señores, era grande, generoso en aquella época de feliz recordacion. Ni los reyes tomaban sobre sí la inmensa responsabilidad de gobernar el reino sin el consejo de hombres sábios y sin la cooperacion de las Cortes, ni los súbditos apelaban á la sinrazon de las revoluciones, siempre violentas, las mas veces estériles. Distinguíase el mílite guerrero por su hidalga obediencia, en la cual no cabian ni términos medios ni farisáicas interpretaciones. No les envanecia el suceso si no era este de gran valía; llamaban escaramuzas á las tomas de las plazas fuertes, y batallas á las conquistas de un reino. El merecido galardon repartíase con mano escasa, y no se pretendia con soberbia ni con impacientes alardes, bastando solo á aquellos héroes el renombre conquistado y la imperecedera fama de que ya gozaban. La palabra empeñada era un vínculo tan sagrado, que no se rompia sino con la muerte. Por eso se podia contar con la promesa y era sagrado el juramento. Las palabras tenian la significacion natural, genuina que les ha dado la razon de los siglos; al valor se le llamaba valor, á la lealtad, lealtad, y á la traicion, traicion. Aquellos hombres acomodaban sus acciones á

la inteligencia que los sábios, los grandes y el vulgo daban al habla castellana. No se disimulaban grandes crímenes con ligeros pretextos, ni habia excusa para el cobarde ó para el felon. El Gran Capitan, injustamente maltratado por la corte, sufrió con paciencia los desdenes del Rey; el descubridor del Nuevo-Mundo, una persecucion injusta y escandalosa. Grandes estos héroes mas en la desgracia que en la prosperidad, dieron un ejemplo de valor y de lealtad, que por desgracia halló en lo sucesivo pocos imitadores.

Perdóneme la Academia esta digresion. La época gloriosa de los Reyes Católicos es una enseñanza sublime, es un espejo de caballeros y de soldados, y aunque á todos amonesta con su ejemplo, en cambio tambien á todos engrandece con sus glorias. — He dicho.
